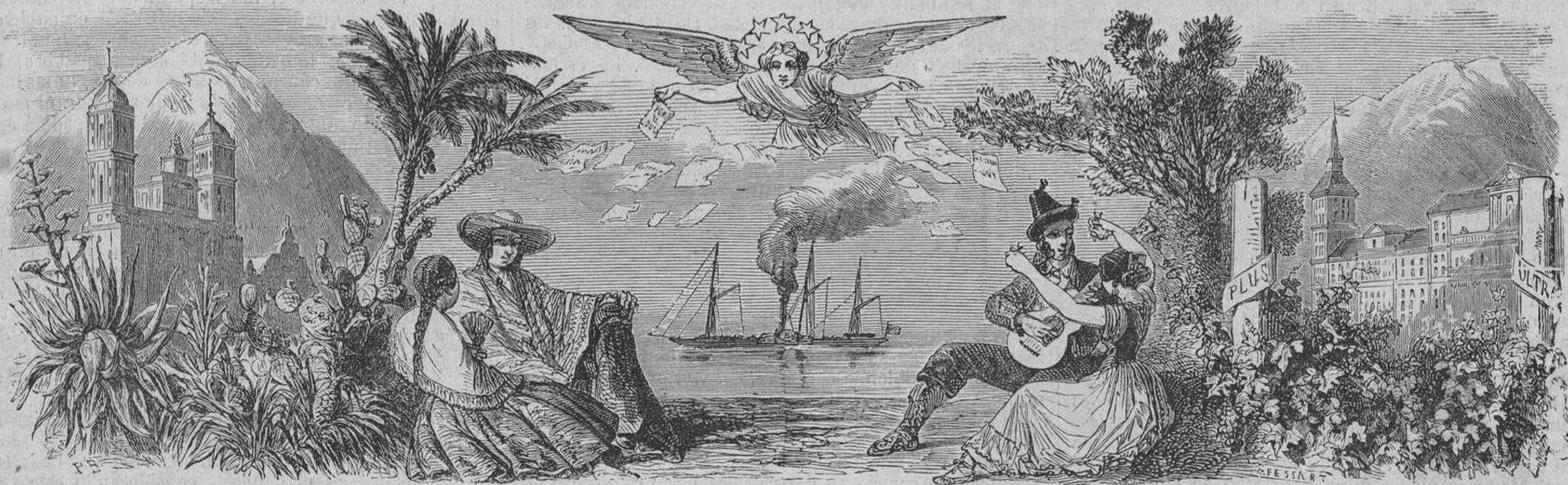


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

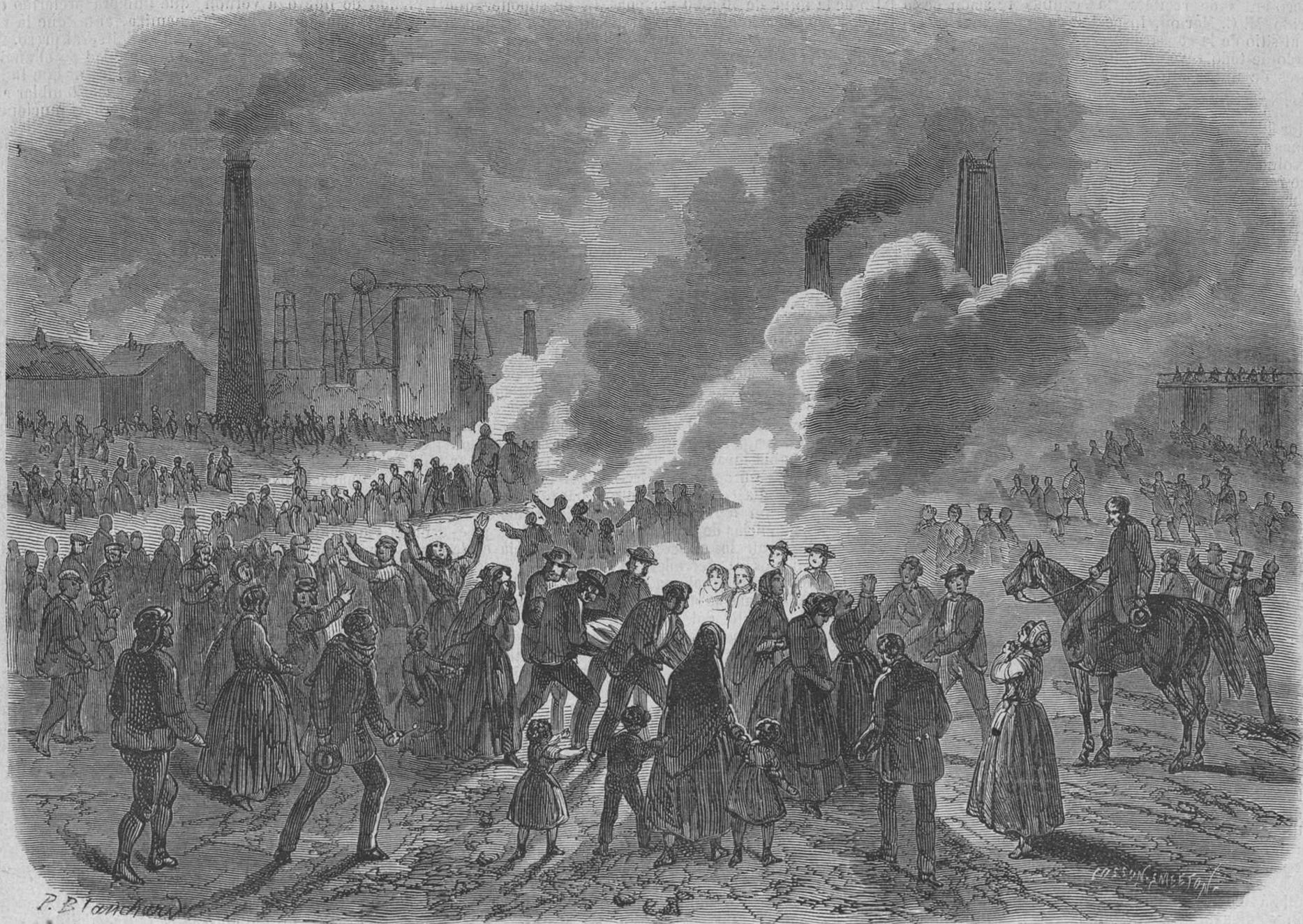
AÑO 26. — N° 731.

## SUMARIO.

La catástrofe de Barnsley; grabado. — Escenas de la vida militar. — Las tropas francesas evacuando el fuerte del Santo Angel; grabado. — Dos escuadrones de húsares embarcándose en Civitta-Vecchia; grabado. — Tropas de línea

transportadas á bordo de « l'Intépide, » en el puerto de Civitta-Vecchia; grabado. — Revista de Paris. — Las dos coronas. — Las dos hermanas. — Distribucion de premios y recompensas entre los héroes y heroínas de 1866; grabados. — Orléans. — Exposicion de aves cebadas, mantecas y

quesos en el palacio de la Industria; grabado. — La sala de exámenes públicos en el nuevo liceo imperial de Viena; grabado. — Los montañeses de los Vosges; grabados. — La Marquesa de Pinares. — Tipos indigenas de Cayena; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Catástrofe de las minas de carbon de Barnsley (Escocia). — Transporte de las primeras víctimas en la mañana del 14 de diciembre.

### La catástrofe de Barnsley.

Con razon han comparado el campo de la industria á un campo de batalla: nunca la suerte de las armas ha podido ser mas terrible para el soldado que las explosiones para el minero. La horrorosa desgracia de Barnsley (Escocia) acaecida el 14 de diciembre último, será de eterna memoria en los anales de las minas de carbon de Inglaterra. El *Sun* de Lóndres inserta acerca de este triste accidente los pormenores siguientes:

«La espantosa catástrofe ocurrida ayer y que excede á cuantos accidentes de esta clase se habian conocido anteriormente respecto al número de víctimas, ha sido desgraciadamente mucho mas grave de lo que se creyera en un principio. Durante la última noche, despues de algunos reconocimientos preliminares practicados por los principales registradores de minas del distrito, se abrió una lista para inscribir en ella á los voluntarios que se ofreciesen á sacar á las personas que habian en el fondo de la mina. Fueron muchos los que se ofrecieron á prestar este arriesgado servicio; por la mañana se habian extraido mas de sesenta cadáveres que todos fueron reconocidos excepto uno. A las seis de esta mañana otros treinta y siete voluntarios bajaron á relevar á algunos de los que habian estado trabajando hasta entonces; despues subieron diez y seis y bajaron otros siete. A las nueve los del fondo hicieron la señal de subir, y las jaulas llegaron repetidas veces á la boca llenas de voluntarios, quienes manifestaron todas las señales que indicaban una explosion, pues les faltaba aire para respirar.

» Habia salido de la mina un grupo de voluntarios, y mientras que los demás permanecian en el interior, hubo una explosion que causó algun daño en la parte superior de la maquinaria. Al poco rato le siguió otra que levantando una gran cantidad de barro, cubrió á muchos de los que se encontraban en las inmediaciones de la boca del pozo, é hizo subir hecha pedazos parte de la jaula. Dióse aviso á todas las personas que abandonasen aquel sitio, pues era evidente que, contrariamente á lo que se esperaba, el pozo se habia incendiado. Desde aquel momento quedaron paralizados todos los esfuerzos de los voluntarios, pues habia el convencimiento de que nada podia hacerse para salvar á aquellos que habian bajado al pozo con una mision humanitaria en la cual habian sucumbido.

» Despues de acaecida la segunda explosion, los que tenian en la mina alguna persona interesada, perdieron hasta la mas remota esperanza de que pudiera salvarse, y así en los hombres como en las mujeres no se veian mas que semblantes con todas las huellas de la afliccion. Un poco antes de recibirse la segunda relacion de lo ocurrido, M. C. Morton, inspector del gobierno, se dirigió al sitio de la catástrofe, y despues de haberse informado de todo, tuvo una larga consulta con los registradores de minas allí presentes, para acordar lo que debia hacerse en aquellas circunstancias. Esta consulta se celebró en las oficinas de los mineros, y en la parte exterior habia reunida una multitud considerable de personas ansiosas de averiguar lo que decidiria la junta. La resolucion se mantuvo secreta, pero es muy fácil que se recurra al medio que se empleó cuando se incendiaron las minas de Lund-hilles y de Edmonds' Main, cuyas galerías fueron inundadas como el único recurso para extinguir el fuego.

» Hasta ahora viven solamente cinco ó seis de los mineros que subieron la primera vez. Los que quedaban dentro de la mina se acercaban á 200; de modo que el total de víctimas no bajará de 360. El número de viudas y huérfanos que ha producido esta catástrofe es muy grande, en razon á que casi todos los que han perecido son varones. Una pobre mujer ha perdido cinco hijos y otra á su marido y tres hijos. El pueblo de Hoyle-Mill está de luto, pues es rara la casa cuyos moradores no vistan el emblema de la muerte, y lo propio sucede en muchas casas de Barnsley. Las inmediaciones de la mina presentan un cuadro triste de desolacion; el aparato de subir y bajar está destrozado, y se ven flotar en él restos de los vestidos de las víctimas. Existe en la comarca mucha excitacion; la mayor parte de las minas del distrito están cerradas, y se ven grandes grupos de hombres en el sitio de la catástrofe ó en sus inmediaciones.

» Un parte telegráfico de Leeds dice que Samuel Brown, uno de los individuos que bajaron á la mina esperando poder salvar á alguno de los que habia dentro, ha sido extraido con vida esta mañana temprano. Dice que anduvo vagando por las galerías toda la noche, y que tropezó muchas veces con cadáveres. No oyó ningún grito ni lamento, de lo cual infiere que todos los del interior han muerto. Otro despacho de la última tarde dice que el pozo continuaba ardiendo, y que los ingenieros trataban de ahogarle la boca.

Además de la explosion de las inmediaciones de Barnsley, el *Manchester Guardian* refiere otra que ocurrió ayer mañana cerca de Tunstall en la mina de Talk-o'-the-Hill. Los dos pozos de esta mina miden una profundidad de 350 varas, y las galerías se extienden unas 500 en distintas direcciones. Los operarios que trabajaban en esta mina eran 150. Estos infelices bajaron al pozo á las cinco de la mañana de anteayer y empezaron su peligrosa faena que duró hasta las once. A esta hora los que habia á la parte exterior del pozo oyeron una detonacion y en seguida vieron salir de la boca del pozo un torrente de llamas que cubrieron al poco rato de hollin todo el terreno hasta muy larga distancia. El sa-

ludimiento producido por la explosion se sintió á mas de milla y media de la mina. Al poco rato las inmediaciones de los pozos estaban llenas de parientes de los mineros, quienes, en medio de su ansiedad, hubieran sido un obstáculo para los esfuerzos que iban á intentarse con el objeto de salvar á los que estaban dentro.

M. G. Johnson, administrador de la Sociedad, hizo despejar las cercanías de los pozos y se bajaron las jaulas al interior. Al poco rato subieron por la boca del pozo número 2 unos cincuenta hombres y muchachos con el semblante aterrizado. Los esfuerzos practicados en el pozo número 1 no dieron resultado, pues los operarios que salieron por él estaban todos quemados y en un estado de mayor ó menor gravedad. La escena era conmovedora, pues las madres, las esposas y los hijos se entregaban á los mas vivos trasportes de alegría al ver que aquellas personas queridas estaban con vida. Los heridos eran asistidos por varios facultativos que habian acudido al sitio de la catástrofe.

Toda la tarde se hicieron esfuerzos para ver si podian salvarse algunos de los que quedaban dentro de los pozos, pero la atmósfera del interior era tan sofocante que obligaba á suspender la operacion con mucha frecuencia. Invitóse á los que habian salido de la mina sin lesion para que prestasen sus servicios, y todos lo hicieron con gusto. Aquellos hombres, que habian salvado sus vidas milagrosamente, volvieron á bajar á los pozos en busca de sus compañeros, á quienes colocaban en la jaula, subiendo con ellos al exterior por el pozo número 1.

La exploracion privaba á los mas de los que la practicaban del uso de los sentidos, y al llegar á la superficie tenian que ser auxiliados para restituirlos á la vida. Algunos permanecieron desmayados largo rato, pero al volver en sí se ofrecian animosamente para otro descenso. Los facultativos examinaban los cuerpos de los individuos que se extraian, y salvo muy raras excepciones, á todos les declaraban muertos. Los hombres que habia en las inmediaciones del pozo esperaban con ansiedad la terrible declaracion. Se habia prohibido que las mujeres y los niños se acercasen á la boca de la mina para evitar escenas desgarradoras. Las sombras de la noche hicieron mas lúgubre la operacion de identificar los cuerpos extraidos, practicada al resplandor de las hogueras que se habian encendido: el reconocimiento era muy difícil por lo desfigurados que estaban la mayor parte de los cadáveres. Colocados de dos en dos en carros, los muertos eran conducidos á la posada de Swan, y á lo largo del camino se encontraban mujeres que preguntaban ansiosas por sus maridos.

Hasta ayer á las ocho de la noche solo se habian extraido 13 individuos con vida; el número de cadáveres es ya de 43, y se calculaba que quedaban todavía dentro de la mina de 40 á 50 personas. Es de suponer que todos aquellos infelices han perecido tambien, puesto que desde una hora adelantada de la tarde no se extraia á ninguno con vida.

L. C.

### Escenas de la vida militar.

UNA EJECUCION EN LA ISLA DE MALTA.

«He died, as erring man should die,  
» Without display, without parade! (1)»  
BYRON.

En una hermosa noche del mes de agosto hallábanse reunidos en la gran plaza de armas de la ciudad de la Valeta un grupo de oficiales jóvenes, llenos todos de la mas viva inquietud. El calor habia estado abrasador durante todo el dia, y esta razon podia bastar por sí sola para justificar en parte el ardor febril estampado en las fisonomías de las personas que componian aquel grupo. Aunque se habia levantado entonces una brisa de mar que derramaba un agradable frescor por la plaza, llevando en sus alas el aroma de mil naranjos, ningun paseante, ningun inglés al menos habia venido á disfrutar de las delicias de aquella noche: nuestros jóvenes oficiales eran los únicos á quienes se veia en la plaza, agrupados al derredor de una de las piezas de campaña que estaban alineadas á lo largo de la explanada, mas bien para su adorno que para su defensa.

Acababan de salir del salon de sir Ralph Stanley, gobernador de las posesiones inglesas en el Mediterráneo, para entregarse con mas desahogo á una discusion que la presencia del general hubiera atajado sin duda.

— Ya lo sabia yo mucho antes, decia uno de los oficiales mas jóvenes; yo sabia que habia de tomar este rumbo. Desde el momento de su arresto, aun mas, desde el dia que entró en la compañía de Majendie, predije ya un funesto desenlace. ¡Franck Willis tiene una mujer tan hermosa!... Pero tiene un corazon muy generoso para entrar en pactos vergonzosos con semejante hombre. Vos erais del consejo de guerra, Vernon; ¿cómo presentó Franck su causa? ¿cómo ha dispuesto su defensa?

— No la ha intentado siquiera. Estaba demasíadamente probado el crimen de haber pegado á su superior; y este no ha dejado de hacerlo resaltar con todos

(1) Murió como deberían morir todos los hombres débiles; sin fausto, sin boato.

los fastidiosos pormenores que autoriza nuestro código militar. Hasta se han juntado á él circunstancias extrañas; el cabo Rutherford ha jurado que en la tarde del mismo dia, vió á Willis entregarse en la plaza de armas á toda clase de desórdenes.

— ¿Perc no habia ningun testigo que pudiese declarar sobre el hecho principal?

— Ninguno, dijo impetuosamente Arturo Stanley, sobrino del gobernador y su ayudante de campo mas joven; y Majendie ha extendido su declaracion en un lenguaje tan miserable, tan disparatado, tan confuso, que yo esperaba que Franck solo resultaria culpable en los hechos menos graves. Pero el anciano general, mi honrado pariente, tomando entonces la palabra, ha atacado al acusado con una multitud de preguntas insidiosas, y, despues de este suplicio mortal que el auditorio ha sentido tanto como el preso, ha obligado á este á presentar su defensa.

— ¿Mas cómo ha sostenido Willis esa evidencia tan bien trabajada?

— Nunca he visto tanta serenidad. Aunque hubiese Willis sido de roca, no hubiera podido mostrar un aire mas firme y resuelto. No se veia la menor alteracion en su semblante ni en su mirar. Y ni aun cuando el odioso Majendie, que, sea dicho de paso, procuraba en vano ocultar su agitacion en los pormenores que se esforzaba en multiplicar, ha presentado, bajo la fe del juramento, mil actos distintos de insubordinacion, ni aun entonces ha manifestado Willis el mas leve movimiento de indignacion ó de sorpresa.

— ¿Y cuando ha sido llamado para pronunciar su defensa?

— Ha respondido con voz clara y firme que nada tenia que decir. Mas el general, considerando esta respuesta como un nuevo acto de indisciplina, ha reiterado su orden con voz airada.

— Entonces, interrumpióle el joven Stanley, se ha convertido la sala en una escena tumultuosa, han resonado voces por todas partes:

— Dí el ultraje que te ha hecho, Willis, gritaba el uno.

— Descubre al corruptor, decia otro.

— ¡No te dejes matar á sangre fria! ¡Muestra al general el sable con que cubriste y salvaste á su hijo en la brecha de San Sebastian!

Mas el anciano general, indignado de que se despreciase el orden, ha mandado al momento con voz atronadora que se despejase la sala.

— Algunas palabras han bastado en seguida para resumir el negocio y probar su evidencia, repuso Vernon, y despues de una corta deliberacion, se ha pronunciado la sentencia de muerte.

— Os juro, exclamó Arturo de Stanley, interrumpiendo de nuevo á Vernon, que hubiera preferido oír el estruendo de una bateria enemiga, antes que la voz gravemente sonora de mi tio al dirigirse al preso. No creia que pudiese abrigarse tanta dignidad en el anciano, á quien veíamos nosotros tan sencillo; ni que fuese capaz de la profunda conmocion que hacia temblar sus palabras en el desempeño de sus dolorosas funciones. Al pronunciar la palabra fatal, no ha podido fijar su vista en la hermosa y varonil estampa de Willis. El auditorio estaba lleno de estupor; reinaba por todas partes un triste y profundo silencio, y durante la terrible sentencia, no se oia mas que la respiracion forzada de nuestros jóvenes amigos que ahogaban sus sollozos. En cuanto á mí, lo confieso, mi corazon estaba sajado, y me ahogaba casi...

— No hay en nuestras filas un soldado mas valiente que Willis, dijo despues de una corta pausa un oficial subalterno. Parece pertenecer al regimiento por derecho divino; porque ha nacido en la India; en medio de una retirada, en tiempo de Blackshaw; y su padre, que era sargento mayor, se quedó atrás para abrir en la arena la huesa de su mujer. Me acuerdo todavía de haber oído, á mi llegada al cuerpo, contar á muchos de nuestros antiguos camaradas de la India, que Franck, enfardado en un saco de provisiones y mecido en un carro de equipajes, habia sido confiado á los desvelos de las mujeres del regimiento, que estaban entonces muy ocupadas todas en cuidar á los heridos y enfermos.

— Franck Willis, dijo otro oficial, servia con nosotros en la Península y tiene la medalla de Waterloo.

— Pero ¿qué pensais de todo eso, Vernon? preguntó un tercero, ¿no caben ninguna esperanza? ¿No es doloroso ver sucumbir en tales circunstancias á un soldado tan apreciable? Porque, aunque Willis no haya querido producir á su joven esposa en su defensa, sin embargo no hay un hombre en el regimiento que dude del motivo que le obligó á herir á su capitán. El carácter de Majendie es por otra parte bien conocido; y ninguno de nosotros ignora su apasionada aficion á Bessy Willis.

— Es muy cierto, respondió Vernon; mas el anciano Stanley, que me perdona Arturo, es intratable en puntos de disciplina; y para decir la verdad, creo que ningun motivo precedente justificaria la indulgencia en este caso.

— Se puede en este mundo todo lo que se quiere, con tal que se quiera lo que se ha de querer.

— Mas no estando de guarnicion, Arturo, como lo experimentaréis vos mismo á vuestras costas. Pero no está aquí la cuestion. Si algo puede hacerse para salvar á Willis ó mitigar su pena, los vínculos que le unen á nosotros y su heroica firmeza reclaman todos nuestros esfuerzos. Sir Ralph me aprecia bastante, continúo Vernon bajando la voz, como amigo de su único hijo, que le ha sobrevivido y que recogió su postrer suspiro; Ar-

turo, que provoca todo el día las reprensiones de su tío, no puede imaginarse con cuánta ternura amaba al pobre Eduardo.

Arturo Stanley se acercó para escuchar; Vernon continuó:

— Vos mismo, Arturo, sobrino y heredero del general, podeis hablarle, ser escuchado por él. Le hemos dado el tiempo necesario para desahogar todo su enojo. Vamos á encontrarle los dos, y apoyemos con nuestras súplicas y argumentos esta petición firmada por la mitad de la guarnición, por todo el regimiento, ¡ay! y por el mismo Majendie que, estoy cierto de ello, daría hoy su brazo derecho para poder retirar su acusación.

— Id, y ¡permítame el cielo que lo alcanceis! exclamaron á la vez todos los oficiales; nosotros permaneceremos aquí para saber el resultado de este paso.

Sir Ralph escuchó con indulgente y afectuosa atención la sucinta exposición que le hizo el mayor Vernon de los servicios y de la buena conducta del soldado sentenciado, y de los derechos que tenía por su nacimiento al aprecio del regimiento y al de su general, por su mérito personal y su puntualidad en el servicio. Este mismo volvió á referir la exposición en todos sus pormenores, sin tratar de disimular la menor parte del reconocimiento que debía al amigo del hijo que había perdido y al desgraciado defensor de ese hijo querido.

— Accedería con todo mi corazón, dijo al terminar, á los deseos del cuerpo, sobre todo cuando me vienen expresados por un sugeto á quien aprecio tan personalmente como el mayor Vernon. Pero un deber superior me manda cerrar el oído á esta apelación. Los intereses del servicio exigen que una infracción tan grave de la disciplina sea castigada con todo el rigor de las leyes militares, y la utilidad pública no puede ceder al influjo de los afectos privados. En una palabra, Vernon, á pesar de todo el respeto que me merecen vuestras representaciones y las de Arturo, que comprende tan poco la importancia de lo que pide como si se tratase del objeto mas frívolo, conozco que me comprometería gravemente yo mismo, si manifestase la menor indulgencia en un asunto que interesa tan de cerca á la conservación de la disciplina militar.

Vernon, antiguo oficial del estado mayor, estaba muy iniciado en el misterio de las respuestas oficiales para ceder á la primera negativa. Pareció no considerarla sino como una autorización para empezar de nuevo su relación, y expresar de un modo mas urgente el tierno interés que la generosidad de Willis, su valor y sus honrados sentimientos como soldado y como hombre, excitaban á favor suyo en toda la guarnición.

— Nunca, añadió, caerá mejor un acto de clemencia, jamás será tan bien acogido.

Mas el general Stanley fué inflexible, y combatió todos sus raciocinios sin dureza, aunque con tesón.

— Teneis que habéroselas, mi querido amigo, replicó, con un soldado veterano, con un hombre para quien tienen un valor extraordinario las bellas prendas que pintáis. Juzgad pues cuánto debe costarle el perseverar, en este lance, en la entera ejecución de su deber, y no aumenteis las penas que experimenta con solicitudes que deben quedar sin efecto. El capitán Stanley, añadió el anciano general levantando la voz, haría asimismo muy bien en contener esos movimientos de hombres y esas señales de desaprobación y desden, porque soy muy sincero al hablar de mi deber en esta circunstancia. Mas breve, Vernon, eso es imposible. Willis ha de morir.

El anciano recorría la sala en todas direcciones para recobrar su voz que le embargaba su conmoción. Vernon no creyó deber insistir; sin embargo, se atrevió á insinuar algunas circunstancias relativas al mismo tiempo al hombre por quien iba á ser sacrificado Willis y por cuya acusación iba á morir, y á la amable joven esposa del soldado condenado á muerte. Parecieron conmover al veterano, mas no pudieron vencer su resolución.

— Buenas noches, Vernon, añadió estrechando afectuosamente la mano del mayor; perdonadme mi aparente ingratitud, y creed que aprecio igualmente vuestros derechos á mi indulgencia y la delicadeza con que los habeis empleado. Y vos, Arturo Stanley, sabed que mi simpatía para con el pobre Willis en nada cede á la vuestra.

— ¡Y bien! exclamaron á la vez veinte voces al momento en que los dos amigos se reunieron con sus camaradas que les esperaban con la mayor ansiedad.

Vernon meneó la cabeza.

— ¡Inexorable! respondió Arturo con vehemencia: Franck Willis ha de morir; mas él sabrá morir, morirá como un hombre.

El ruido de las cajas y las luces que se apagaban por todas partes advirtieron á los oficiales que era hora de separarse. Los que tuvieron que salir de la ciudadela observaron que los centinelas pronunciaban el *quién vive* con acento de temor. Los que se trasladaron á los cuarteles repararon que los hombres, agrupados en los distintos puntos de reunión, observaban entre sí un doloroso silencio, ó proseguían en voz baja una conversación desahogada. No se oía ni un acento de alegría en aquellos lugares, animados por lo regular por la algazara; ni salía por la puerta entreabierta de las cuartas un fragmento de balada inglesa, ni una estrofa de las canciones del país. Las mujeres, dejando á un lado la expresión comunmente estrepitosa de su ternura maternal, llamaban á sus hijos en voz baja, y estrechándolos entre sus brazos, afectaban regañarlos para ocultar las lágrimas que se desprendían de sus ojos.

Solo un aposento, entre los que componían aquella

vasta fachada, había estado cerrado durante toda la noche, y su estrecho recinto parecía estar mas tristemente silencioso que ningun otro lugar del cuartel. Era aquel el aposento de Bessy Willis, cuyas horas contadas corrían rápidamente en una sombría y muda desesperación.

Harto seguro de que la salud de su mujer le evitaria la amarga agonía de una despedida, pues que la retención su debilidad en su lecho de muerte, Willis podía confirmar mejor la firme actitud que nunca había dejado de mostrar desde su arresto. Nunca había dudado de la suerte que le aguardaba. Hijo de soldado, y soldado él mismo desde que naciera, comprendía toda la exigencia de la disciplina militar; y pensaba tan poco en alcanzar merced, que no había hecho el menor esfuerzo para despertar en sus jueces el sentimiento de las consideraciones que reclamaban sus antiguos servicios.

¡Iba á morir! los grillos que aherrojaban sus piernas, las espesas barras de hierro de las ventanas de su cárcel, que dejaban penetrar en ella algunos pálidos rayos del sol, su profunda soledad, ¡todo se aunaba para recordarle que su triste existencia había de acabar en breve! Hubiera podido morir en tiempos mas venturosos, hubiera podido caer en un campo de batalla, porque había figurado en muchos, y siempre con distinción. Mas si tal hubiese sido su fortuna, no hubiera regresado jamás triunfante á su amada patria, y no hubiera conocido á Bessy, en una de sus chozas mas retiradas, y jurado á su anciano padre, para vencer su repugnancia y obtener su hija, que la protegería y la amaría siempre; ¡juramento, ay, que hartó había cumplido para su desgracia! Tales eran los melancólicos recuerdos á que se entregaba el preso, cuando la presencia del mayor Vernon vino á arrancarle de sus dolorosas meditaciones.

— Soy yo, Willis, le dijo con voz suave; es vuestro antiguo camarada que viene á daros un tierno y último adios.

— Vos sois la misma prudencia y bondad, respondió Willis, procurando abrazar las rodillas de su jefe. Vos habeis sido siempre bondadoso para conmigo, mayor Vernon, y mi suerte sería muy diferente, si, siguiendo vuestro consejo, hubiese reprimido mi carácter demasiado ardiente.

— Sentaos, dijo Vernon, pues necesitais descanso.

— No, señor, repuso Willis, aparentando el acento de la alegría; mañana reposaré mas que vos, y cuando el cuadrante proyecte su sombra sobre mí, la cabeza de Franck descansará en un sueño tan profundo como el que disfrutan nuestros valientes camaradas que quedaron en los *Cuatro Brazos*.

Vernon respondió con voz grave á esta respuesta, demasiado ligera tal vez:

— He venido, Franck, para saber si teneis que dar alguna orden que pueda ejecutarla un amigo. No habiéndolos alimentado jamás con esperanzas de perdón, experimento en este instante menos embarazo para anunciaros que hasta vuestros mas ardientes amigos las han perdido. Mañana habeis de morir, Willis.

— Nunca he pensado de otra suerte, mayor, y en su consecuencia me he preparado para buscar á los pies de mi Criador la clemencia que me niegan mis semejantes.

— Cuento que nada habeis descuidado para morir en paz, y que vuestro corazón no conserva ningun sentimiento contra vuestro acusador.

— Ninguno, mayor Vernon, ninguno, ¡como es verdad que confío en la bondad de Dios! Debo estarle reconocido, porque mi resentimiento contra el miserable que me sacrificó no ha impelido mi brazo al asesinato, cuando mi justa indignación se hallaba en su efervescencia; al presente puedo declarar que perdono de corazón al capitán Majendie, lo que temo, ¡ay! es que no se dé bastante diligencia en perdonarse á sí mismo.

Vernon le preguntó en seguida, en voz baja, si tenía algun encargo que darle para la pobre criatura que iba á abandonar.

— Decid á la pobre niña, exclamó el soldado, á la mejor y la mas fiel de las esposas, que me sería mucho mas doloroso morir, si no estuviese persuadido de que nos reuniremos luego. En cuanto á vos, Vernon, si me atrevo á dirigiros una súplica, ha de ser que cuideis de que Bessy y su hijo sean enviados con decencia á su padre, y de que se diga al anciano que hasta el postrer instante su hija ha sido el mas grato consuelo del esposo, que muere por haberla defendido.

— ¡Es cierto pues, que?...

— Nada me preguntéis acerca de esto. Mi espíritu, gracias á Dios, está tranquilo. Pobre padre de Bessy; vos vacilásteis largo tiempo antes de dar á un soldado vuestra hija querida, y ¡sin embargo estábais muy lejos de pensar que este soldado había de morir ignominiosamente!

Los pasos del carcelero, que precedía á un militar, vinieron á interrumpir el curso de esta penosa conversación.

— ¡Una visita tan tarde! ¿quién hay aquí? dijo con voz profundamente grave sir Ralph, acercándose al preso.

— Un amigo, querido señor, respondió el mayor Vernon; y en su turbación creyó por un instante que el gobernador venía á traer el perdón del reo.

— Willis, exclamó sir Ralph, dirigiéndose al infeliz soldado, que se mantenía en su presencia con toda la precisión de la actitud militar, conozco demasiado el corazón de un buen soldado para creer que me guardeis rencor por la parte que he debido tomar en vuestra

sentencia; pero ya que es forzoso que murais, separé monos amigos. Dadme la mano, ¡Franck Willis, salvador de mi hijo, de mi valiente hijo, que reposa al presente en el seno de Dios! Dadme esa mano, amigo mio, y acordaos que desde este momento vuestra mujer y su hijo son hijos míos.

— El uno de ellos, respondió Willis, estrechando con gratitud la venerable mano que se extendía cordialmente hácia él, tengo el presentimiento de que no permanecerá mucho tiempo lejos del seno de su Padre celestial; y ojalá deje caer su bendición divina sobre vos, mi general, por vuestra bondad para con un huérfano. Haced de él un buen soldado, señor, si os place, á menos que caiga también sobre él el borron de su padre. Pero no, exclamó irguiendo la cabeza con orgullo, la vida de Franck Willis está limpia de manchas, á pesar del error de un momento.

— Lo sabemos, lo confesamos, repusieron á la vez sir Ralph y Vernon. Quedad sin inquietud por vuestro hijo. Pero decidnos qué mas podemos hacer para vuestro consuelo. Y ante todo, dijo el general, tocando con su pié los grillos de Franck y llamando al carcelero, quitemos eso; conocemos mucho á ese hombre y podemos responder de él.

A los esfuerzos que hicieron para quitarle los grillos, Willis pareció sentir un vivo dolor.

— ¿Qué es esto? dijo Vernon al carcelero, que no temía ya manifestar á su prisionero una simpatía de la que participaban sus superiores.

— Los grillos han abierto una antigua herida, contestó el carcelero.

Y Vernon se acordó entonces de que Willis había tenido el hueso de una pierna roto por un balazo en San Sebastian, en la peligrosa lucha que sostuvo para defender á su querido Eduardo Stanley. Todas las miradas atestiguaron un profundo interés.

— Mi general, dijo Franck acercándose á su antiguo comandante con una modesta confianza inspirada por la idea de que iban á acabar entre ellos todas las distinciones de la tierra; no os aflijais por mí. La conservación de la disciplina exigía un ejemplo, y vos lo habeis dado. Un noble y generoso carácter os sugirió en seguida la idea de compensar la severidad de este ejemplo con un testimonio de bondad; vos lo habeis dado también, señor, y á un corazón que conoce todo su valor. Muero consolado, orgulloso, si puedo decirlo, porque sé que mi hijo no quedará sin padre, ni mi pobre viuda aislada y sin amigos. Adios, señores, continuó Willis, observando que hasta el mas severo de sus dos oyentes estaba profundamente conmovido; no prolonguéis por mas tiempo vuestro dolor por el hombre á quien el mundo desecha. El padre O'Halloran no me abandonará esta noche, ni mañana tampoco.

— ¡Adios, Franck, y que el Señor sea con vos! dijeron con solemnidad entrambos oficiales saliendo del calabozo; y el viejo Stanley, cediendo á la debilidad y á su conmoción, tomó el brazo de su ayudante de campo para recorrer los abovedados corredores.

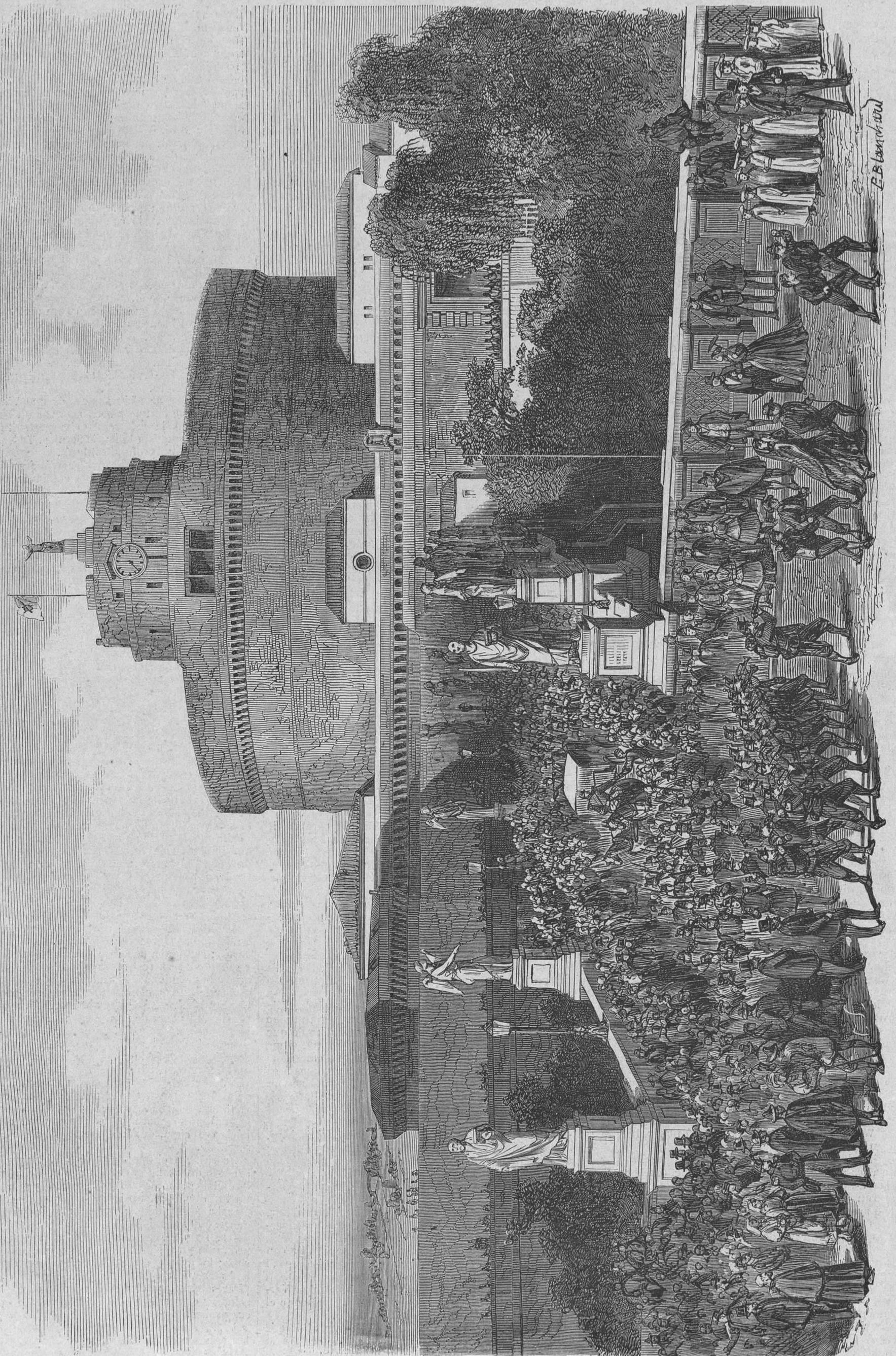
Resonó sordamente en el puerto el cañonazo de la mañana, al mismo tiempo que alumbraban las olas los primeros resplandores de la aurora, y pronto estuvo sobre las armas la guarnición entera para la dolorosa función que había de verificarse. Resonaba de cuando en cuando el sordo ruido de un tambor cubierto, como el sombrío preludio de la muerte. Tres veces dió la vuelta por la plaza de armas el hermoso regimiento á que había pertenecido Willis, á los acentos prolongados de las trompetas que marcaban su marcha fúnebre. Cesó en fin su ruido, y no se oyó mas que una voz, la de un anciano que recitaba la oración de los muertos.

Solo, con la cabeza descubierta y revestido del uniforme de su cuerpo, seguía Willis al sacerdote que precedía á un destacamento del regimiento en cuyas filas había tantas veces corrido á la victoria. Mas ahora no corría; caminaba con paso tranquilo, mesurado, lleno de firmeza, y su rostro grave y pálido indicaba bastante que sabía caminar á la muerte.

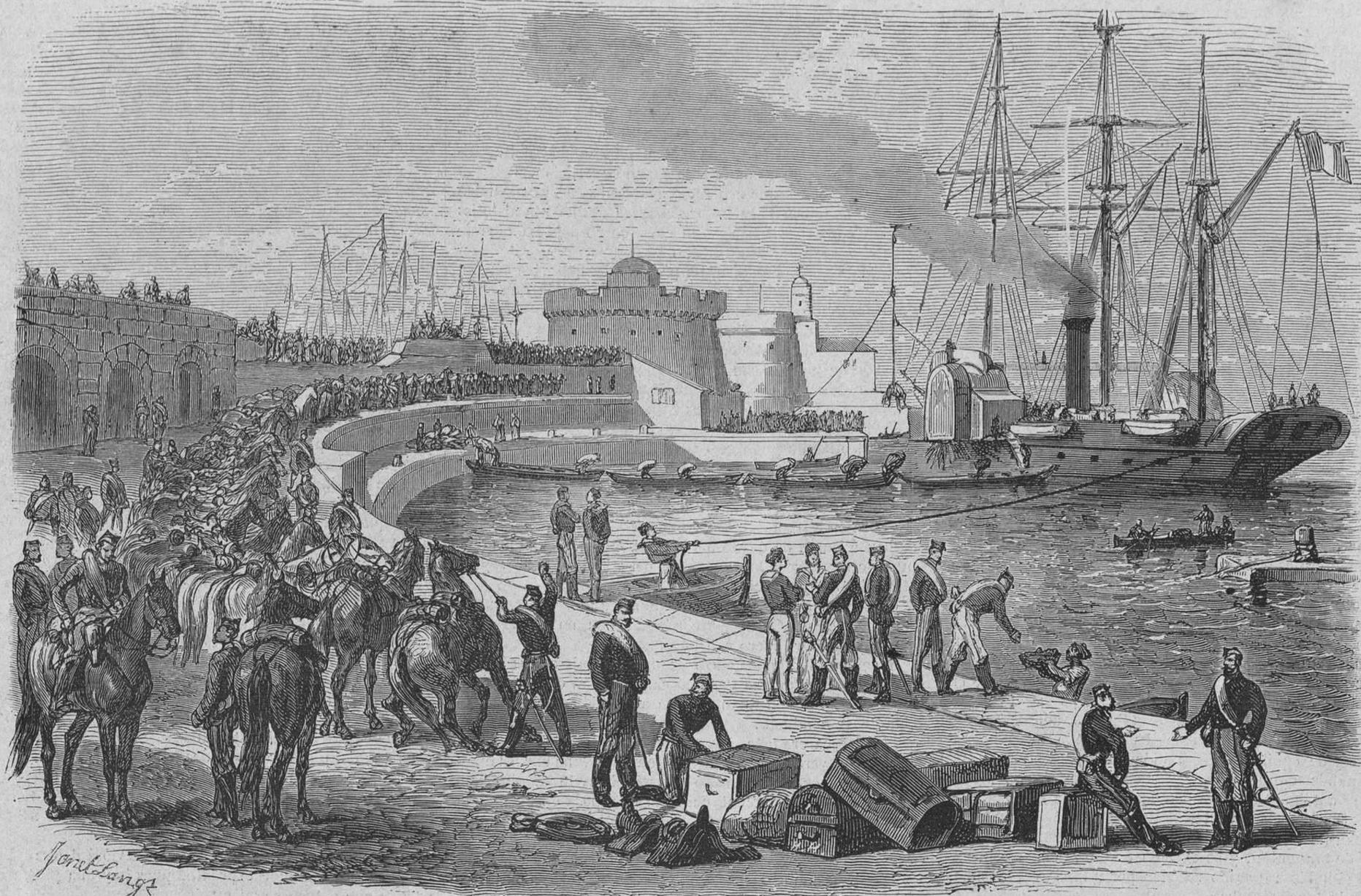
Mas de un corazón latía penosamente en aquella muchedumbre, reunida para ver morir á un hombre, para recibir la lección de su muerte; pero el de Willis estaba tranquilo. Muchos labios estaban dolorosamente comprimidos ante el solemne espectáculo de esa sangre derramada por la ley; mas los de Franck, suavemente entreabiertos, parecían aspirar los últimos hálitos de la vida. Muchos ojos se esforzaban en retener anchas lágrimas que podían revelar la flaqueza; mas los de la víctima se dirigían sucesivamente con benevolencia á sus antiguos camaradas, ó se levantaban con humildad hácia ese cielo, donde esperaba no sería desechado su sacrificio.

Acercábase el momento fatal. El mayor Vernon, encargado del mando del regimiento, daba órdenes contradictorias, parecía estar indeciso, y por primera vez no fué dueño de sí mismo. El joven oficial que reemplazaba á Majendie, á quien una orden prudente del general destacara á la costa, cediendo á un puzante dolor, no pudo permanecer en su puesto. Un silencio profundo y religioso extendió su luto sobre toda la escena; los mismos espectadores á quienes solo la curiosidad atraía á la ejecución, hijos é inmóviles, osaban respirar apenas, y el aire sumiso y disciplinado de los soldados contrastaba con los sentimientos que agitaban sus pechos.

Y sin embargo, del seno de aquella muchedumbre tan penosamente afectada, no se elevó ni un murmullo, no se escapó ni una palabra de desaprobación. La víctima fijaba una mirada tranquila sobre su último asilo, su ataúd, que traían delante de él cuatro de sus cama-



Las tropas francesas evacuando el fuerte del Santo Ángel, el 11 de diciembre de 1866.



Dos escuadrones de húsares embarcándose en Civitta-Vecchia, á bordo del *Gomer*.

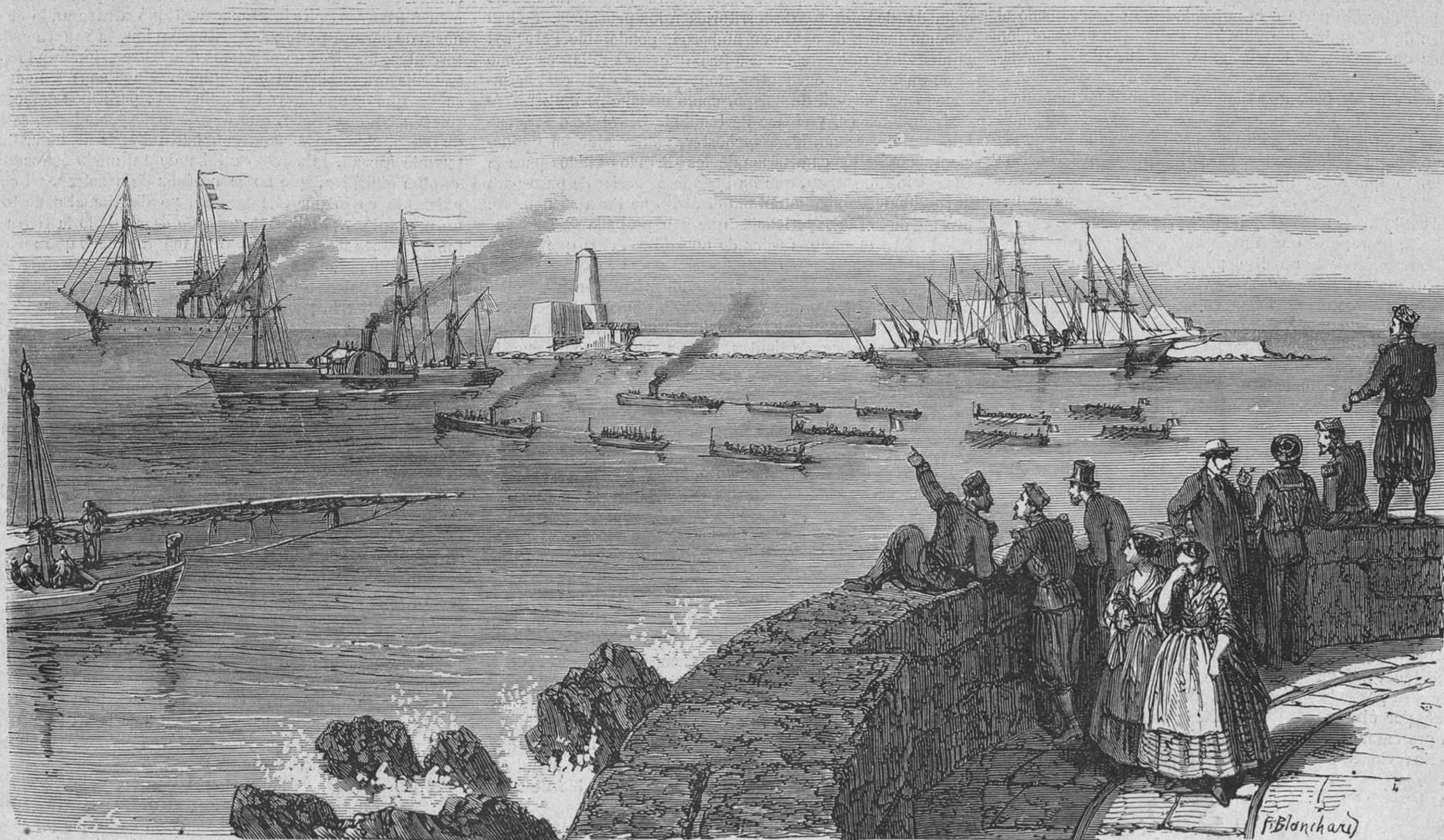
radas, confiado en las palabras que prometen paz y felicidad despues de la muerte.

Pero ya se ha murmurado la última frase de la exhortacion cristiana. Ha resonado una voz severa; la órden está dada. Adelántase una compañía de infanteria ligera á que pertenecía Willis, y en aquel mismo segundo, al estruendo simultáneo de una descarga que rasga de repente el aire, se ve el hermoso rostro de Franck,

cubierto en parte de una venda, alzarse de tierra y volver á caer al momento en la arena, palpitante y sin vida.

No habia trascurrido aun una hora, y ya el regimiento volvia á entrar en sus cuarteles, al estrepitoso sonido de los instrumentos de guerra. Las mujeres, pensando en Bessy, andaban desconsoladas; mas su piadosa inquietud no tenia ya objeto.

Despues del redoble de la mañana, Arturo Stanley habia conducido cerca de ella á la jóven y compasiva esposa de uno de sus camaradas, y los dos, inclinados sobre su cama, procuraban verter algun consuelo en el seno de la pobre infeliz. Empezaban á derramarse por el aposento los primeros albores del dia. Veíase á las mujeres que velaban á la desventurada, las cuales, con los dedos apoyados en los labios, indicaban que es-



Tropas de linea trasportadas á bordo de *l'Intrepide*, en el puerto de Civitta-Vecchia.

taba aletargada; mas examinando las pálidas manos de la enferma extendidas sobre la manta, reconocieron que su descanso era eterno. En efecto, Bessy habia muerto; pero tan recientemente, que su hijo estaba colgado aun de su seno. De esta suerte los primeros sonidos del tambor de la mañana, dando la primera señal de los preparativos fúnebres, habian señalado tambien su fin, y antes que se le oyese resonar otra vez, la mujer del soldado reposaba con él en el mismo sepulcro.

M. DE F.

### Revista de Paris.

Cuando hablamos la semana última á nuestros lectores de los grandes bailes del teatro de la Opera, estábamos muy lejos de sospechar que ocho días despues tendríamos que señalar en estas revistas la desaparicion de una de las famosas celebridades coreográficas que contribuian á darles brillo. Con efecto, esta notabilidad casi europea, el rey del baile, como le llamaban en las orgías carnavalescas, acaba de perecer miserablemente. Habian dado á este bailarín extraordinario el nombre de Cautchu, que merecia sin duda alguna por su ligereza.

¿Quién era este hombre y de dónde habia salido? Esto es lo que se ignora. Cautchu guardó siempre el secreto mas absoluto respecto de este punto. Lo cierto es que el baile era su elemento, y su reino la Opera. Los extranjeros no salian de Paris sin haberle visto bailar uno de los rigodoues ó *quadrilles* que le han hecho tan célebre. No era un hombre, era en verdad una figura de goma elástica, y sus entusiastas admiradores, mas de una vez le pasearon en triunfo cuando concluía la funcion de la Opera. Nadie le igualaba en el arte del baile, y ejecutaba bailando maravillas de gracia y de equilibrio. Su agilidad era portentosa, y todo baile público que podia anunciar en los carteles la presencia de Cautchu, estaba seguro de una buena entrada.

En la penúltima fiesta de la Opera el imponderable Cautchu llamó mas que nunca la atencion con su soberbio traje de orangutan, y se excedió á sí mismo en primores, como si hubiese querido recoger por última vez los aplausos de la muchedumbre.

Hé aquí cómo se cuenta la desaparicion de esta gran notabilidad de los bailes parisienses.

Al amanecer, una sombra se adelanta por el puente de los Inválidos, se apoya un instante en el pretil, luego le salta y se precipita al rio. Un pescador que estaba en su lancha, testigo de esta escena, se dirige hácia el sitio en donde vió caer el bulto, y despues de buscar un rato, consigue sacar á la superficie una masa inerte que deposita en su barca. El pescador examina la presa que ha arrancado al Sena, y al pronto se figura que es un mono; mas llegado á la orilla reconoce que es un hombre, y quitándole su singular disfraz, le prodiga los primeros auxilios, aunque en vano, pues la asfixia era completa.

El pescador dió parte á la autoridad que, procediendo al exámen de costumbre, descubrió en un bolsillo del pantalon interior que vestia el ahogado, un billeteito del tenor siguiente:

« Es inútil todo paso que tienda á descubrir mi identidad. Soy el descendiente de una gran familia á la que deshonro con mis locuras: tengo veinte y ocho años, nada me queda ya de mi patrimonio y prefiero el suicidio á la miseria. Una cosa tengo que decir á los que se figuran que se necesita muchísimo valor para arrostrar la muerte, y es que la bebida da este valor: yo estoy beodo, y así es como debia yo morir. Me han puesto el apodo de *Cautchu* y quiero que me entierren con este nombre. ¡Ojalá mi muerte pueda servir de ejemplo á la juventud! — CAUTCHU. »

¡A tal extremo de envilecimiento y de abyeccion puede, efectivamente, conducir al hombre la vida licenciosa!

La crónica judicial de la semana nos señala dos hechos notables de los cuales el primero se refiere á una novela matrimonial que daremos á conocer á nuestros lectores.

No hace muchos meses, Juan Bautista Ducorneau y María Catalina Richard, comparecian ante M. E. de Hauw, cura párroco de Nueva Orleans y le suplicaban que tuviese á bien bendecir su casamiento. Para ello presentaban una licencia de M. A. Derbis, juez de Nueva Orleans, y acompañaban á los novios los cuatro padrinos.

Parece ser que en los Estados Unidos no se necesita otra cosa. El consentimiento paterno y materno está de sobra. Hay señoritas que al regreso de una excursion de quince días ó tres semanas se presentan en su casa con un acompañante desconocido.

Despues de los abrazos de rigor, se habla de las peripecias del viaje. La jóven cuenta que ha recorrido tal ó cual Estado, que ha visto tal ó cual cosa notable, que la cosecha se presenta mal ó bien, que el cambio está alto ó bajo, y por último, concluye su discurso pidiendo permiso para presentar á sus padres, nada menos que á su marido.

— Nos vimos en tal parte y nos casamos hace tantos días.

Las leyes francesas son mas rigurosas. Toda jóven de esta nacion ha de tener por lo menos veinte y un años para contraer matrimonio sin el consentimiento de sus padres, y esta prescripcion las sigue por todos los países del mundo.

María Catalina Richard lo ignoraba ó lo habia olvidado cuando se embarcó con direccion á Nueva Orleans para ir á casarse con M. Ducorneau; pero á pesar de su escapatoria, lo cierto es que ha conservado su domicilio legal en Paris en casa de sus padres. No obstante su casamiento, es soltera, segun la ley de su patria.

Así ha sucedido, que mientras el padre atravesaba el Océano en busca de su hija, la madre presentaba al tribunal del Sena una instancia pidiendo la nulidad del matrimonio, y el tribunal ha fallado segun su peticion.

Ahora tenemos que esperar el resultado de la expedicion paterna á Nueva Orleans para conocer el fin de la historia.

El otro de los dos hechos en cuestion no deja tambien de ser notable, bajo distinto título.

Hacé cosa de diez días, un propietario que vive con su esposa en una casa del bulevar Magenta, recibia una carta concebida en estos términos:

« Muy señor mio: Tiene Vd. por esposa una mujer infiel, y si quiere Vd. convencerse de esta verdad, emprenda usted un viaje de un mes con cualquier pretexto, vuelva Vd. de repente al cabo de una semana de ausencia y yo le aseguro que sorprenderá Vd. á los dos culpables.

Y firmaba: UN AMIGO.

Nuestro hombre no quiso dar crédito á lo que habia leído; pero de todos modos habian penetrado sospechas en su corazon, que le atormentaban hasta lo sumo. Tanto era así, que al cabo se decidió á hacer la prueba.

Dijo á su esposa que tenia negocios urgentes que le llamaban á Ruan, en donde habita su familia; y dos días despues de su marcha, un mozo de cordel llevó á la esposa otro billeteito que decia:

« Su marido de Vd. es un hipócrita, no tiene ningun asunto urgente, y si ha marchado á Ruan no ha sido mas que para gastar dinero con una querida. »

La señora, indignada, hizo lo que cualquiera otra habria hecho en su lugar; se puso en camino, y al cabo de algunas horas estaba en Ruan y pedia al marido una justificacion de su conducta.

Difícil cosa era esta. Por una parte el marido no queria confesar la verdad, y por otra no tenia ninguna excusa plausible. Finalmente, se decidió y enseñó la carta anónima que habia recibido, á lo cual contestó la esposa enseñando la suya.

— ¡Se han burlado de nosotros! ¿Quién habrá sido?

Y sobre esto, y despues de haberse perdonado sus recíprocas desconfianzas, tomaron el tren express que les trajo á Paris rápidamente. Al llegar á su casa, el propietario reconoció que habian descerrajado su escritorio, y se habian llevado todos los papeles que contenia, en tanto que la señora descubria que la habian robado todas sus alhajas. Un caballero de industria habia imaginado la estratagemma que tan bien engañó á los dos esposos, para cometer el robo con toda seguridad.

La pérdida asciende á 40,000 francos.

A la hora en que escribimos ya han desaparecido de los bulevares las barracas de la inmensa feria de año nuevo. Cada año se da á luz en Paris, [cuando menos, un juguete, que viene á ser el preferido de todos los aficionados á novedades; y naturalmente esta vez debia fijarse la atencion general en ese formidable instrumento de guerra, que ha colmado de gloria y de territorios á los prusianos. Se han vendido fusiles de aguja en número imponderable. Pero; ay! ¿quién diria que este famoso fusil que obra milagros como el de Sadowa, se encuentra menospreciado ya, casi arrinconado con el fusil de chispa, como un mueble inútil? Teóricamente así es, y el que ha tenido la honra de destronarle es un americano, M. Winchester, gobernador del Connecticut, uno de los comisarios de los Estados Unidos para la Exposicion universal, que ha llegado á Paris de paso para Suiza donde ha sido adoptado el fusil que lleva su nombre, previas distintas experiencias que han probado su superioridad sobre todos los fusiles de nueva invencion que se cargan por la culata.

Este fusil, que llaman de repeticion, tiene consigo un depósito de cartuchos, que van entrando uno á uno mediante un mecanismo que pone en movimiento el tirador. La rapidez del tiro carece de limites, pues á cada disparo sucede inmediatamente otro disparo. Es como si dijéramos un tiro continuo.

La prensa francesa dice que es preciso adoptar este fusil, que parece el *non plus ultra* de todo lo que hasta ahora se ha inventado.

Este afán de perfeccionamiento de los fusiles que parece dominar á todas las naciones, da oportunidad á estos recuerdos:

En la correspondencia entre Luis XVI y María Antonieta, por los años de 1777 á 1792, tomo primero, página 123, se lee:

« Se presentó al rey Luis XVI un fusil que podia disparar doce tiros á la vez, y despues de admirar la invencion, prohibió que se fabricasen armas tan mortíferas. »

Debe advertirse que en todos tiempos ha procurado el hombre buscar los medios mas poderosos de destruir su especie. El caballero Martino Poli de Lucques, inventó un fuego griego, ó mejor dicho, descubrió el de los antiguos. Se lo hizo conocer al rey Luis XV, y éste monarca no quiso se hiciese uso de él, y concedió una pension al tal caballero, con la expresa condicion de que no habia de revelar el secreto de su invento.

Hay hombres predestinados.

Otro caballero llamado Poli, propuso á Luis XIV una máquina de guerra tan extraordinaria y terrible, que despues

de haberla experimentado, el rey le hizo caballero de San Miguel y le concedió una pension, bajo la condicion de que habia de inutilizar su invento y no descubrirlo á nadie. El caballero guardó religiosamente el secreto.

Un americano propuso á Napoleon I un cañon abanico. Por medio de un mecanismo muy ingenioso lanzaba tal cantidad de balas, que podia segar un batallon como un campo de espigas. Napoleon lo rectizó diciéndole: « Con ese invento se haria imposible la guerra. »

Es de desear que los perfeccionamientos tan prodigiosos que hoy se anuncian acaben, en efecto, por hacer imposible las guerras, lo cual seria el mas brillante, aunque tambien el mas inesperado, de sus resultados.

Hace algunas semanas hablábamos á nuestros lectores de un exhibidor de fenómenos que habia llegado á Paris á ofrecer á la acrisolada curiosidad de este público novelero, nada menos que la cabeza de un decapitado que tenia la humorada de entrar en conversacion con todo el que la dirigia la palabra. Las primeras noches hubo alguna gente; pero la cosa era demasiado portentosa para que no se descubriera el engaño. El decapitado ha tenido, pues, que trasladar su cabeza á otra parte.

Sin embargo, el ejemplo no ha desalentado al coronel Stodare, otro prestidigitador que tampoco se entretiene en cosas menudas. El coronel Stodare ha llegado á Paris precedido de una inmensa fama. Su juego principal es el del canasto indio, y antes de su venida ya los periódicos nos dijeron que no habia nada mas sorprendente que esta suerte. Hasta se contó la historia de este juego con referencia al mismo coronel, que explica así la manera que tuvo de enseñarse un prestidigitador indio.

Dejemos la palabra al coronel:

« — Sahibs, nos dijo el anciano, me habeis visto poner en un instante á vuestros ojos un niño; ahora voy á hacer que desaparezca de la tierra ese niño.

Los espectadores se ordenan formando un círculo y se miran atentamente. Se trajo un canasto, lo tomó y encerró en él completamente á un niño.

— ¿El canasto oprime tu cabeza?

La voz del niño respondió desde adentro:

— Sí, casi me aplasta.

— Pues bien, exclamó el anciano, húndete en tierra lo mas pronto que te sea posible, y no hagas esperar á los espectadores.

Algunos minutos despues el jóven volvió á decir:

— No puedo hundirme pronto, pues hay una piedra muy grande que entorpece mi camino.

— Entonces, dijo el mágico, si dentro de dos minutos no desapareces, yo te mataré.

Este diálogo continuó de este modo: el jóven se quejaba y el anciano se ponía cada vez mas irritado, lo que nos hizo decir:

— Dejad salir á ese niño, pues no podreis hacer vuestro juego mientras estemos mirando.

Estas palabras aumentaron su ira. Comenzó á jurar y á maldecir al niño recalcitrante, y declaró que nunca habia sufrido la humillacion de ver inutilizada su suerte. De pronto, antes que pudiésemos adivinar lo que iba á hacer, cogió la lanza acerada de uno de los soldados y la hundió en el canasto, del cual salieron gritos horribles, y la sangre comenzó á correr sobre la arena. Continuó atravesando el canasto de parte á parte; los gritos seguian, la sangre salia á torrentes, nosotros no sabiamos qué hacer, ignorando si la tragedia era verdadera ó simulada. Mandamos á nuestros sahibs que se apoderaran del anciano; pero ellos demostraron tener tanto miedo, que dos de los espectadores, saliendo del círculo, se adelantaron hasta llegar al lugar de la terrible escena. El asesino estaba de tal modo ocupado en su obra diabólica, que no se cuidaba de nosotros. Mi compañero le cogió por el pescuezo, yo ¡derribé el canasto de un puntapié... ¡Nadie habia debajo de él! Solo la tierra estaba cubierta de sangre. El viejo mágico, luego que mi amigo le hubo soltado, nos dijo:

— Ya lo veis, yo he querido hacer que desaparezca este niño de la tierra, y como no queria obedecerme, le he hecho entrar por fuerza.

Nuestro asombro no tenia límites.

— ¿Dónde está, pues, el niño?

— Aquí debajo, dijo el anciano señalando al suelo; pero va á volver dentro de breves momentos.

Y en efecto, oímos á lo lejos la voz del niño que nos gritaba:

— ¡Aquí estoy!

Miramos hácia la parte de donde la voz salia y vimos llegar hácia nosotros, sano y salvo, aun cuando un poco agitado, el niño que habiamos creído víctima de un cruel asesinato.»

El coronel procede en el día con algunas variaciones. Ordena á una jóven entrar en el canasto; ella se niega, el coronel finge encolerizarse, y encerrándola por fuerza, atraviesa de parte á parte el canasto con una espada, que los concurrentes han examinado con detencion; los gritos de la jóven aterran á los circunstantes; la espada sale del canasto empapada en sangre; todos creen asistir á un horrible asesinato. El coronel levanta la tapa del canasto dentro del cual no se ve nada, y la jóven aparece despues en un palco entre los espectadores.

El canasto atravesado de parte á parte, y la espada cubierta de sangre, podrian rigorosamente tener una explicacion; pero la desaparicion de la jóven es lo que parece inexplicable, pues el canasto aparece colocado sobre cuatro piés que dejan un grande espacio debajo, encima y por los

lados. El canasto además está colocado en el centro del salón.

Ahora bien, tampoco este escamoteo, á pesar de la limpieza con que lo ejecuta el coronel, ha conseguido fijar al público, y lo mismo este juego que el de la cabeza parlante, han hecho en París dos solemnes fiascos.

En nuestra próxima revista podremos dar cuenta á nuestros lectores de alguna de las obras dramáticas que están para estrenarse, como la *Duquesa de Montemayor*, drama póstumo de Leon Gozlan, ó quizás de *Galileo*, la nueva producción de Ponsard, que se ensaya actualmente en el Teatro Francés, y en la que representan los primeros papeles actores como Geffroy, Monrose y Delaunay, con las señoras Guyon y Favart. Pero entre tanto, nada nuevo tenemos que decir esta semana en punto á cosas teatrales, y así es que vamos á concluir con una noticia que sabrán con gusto los muchos apasionados que cuenta Victor Hugo en todo el mundo. Esta noticia es que el gran poeta se encuentra muy ocupado en Guernesey dando la última mano á una novela titulada *Noventa y tres*, que, según dicen, no contendrá una palabra de política. Mucho es de desear que una pluma como la de Victor Hugo rehabilite un poco la novela francesa que decae de un modo tan visible.

MARVANO URRABIETA.

### Las dos coronas.

Á LA SEÑORITA DOÑA DOLORITA DOMINGUEZ Y SANTÍ.

No te alucina la ambicion del fausto,  
Niña que empiezas á vivir ahora,  
Pues nobles sentimientos atesora  
tu jóven corazon.

Pero temo te engañes, vida mia,  
Con el vano oropel de falsa gloria,  
Y quisiera poder en tu memoria  
grabar esta leccion :

« Reina del valle, á la preciosa Alida  
Nombraban los pastores á porfia,  
Reina de la belleza y gallardia  
Mas no de la bondad :

De esa bondad de corazon que extingue  
Todo el valor que la hermosura presta,  
Y arroja de nuestra alma la funesta  
Y odiosa vanidad.

Triste víctima fué la pobre Alida  
De esa loca ambicion, cuando afanosa  
Su existencia tranquila y tan dichosa  
En infeliz cambió.

Una tarde la ví fresca y risueña,  
De claveles ornada su alba frente  
Entre amigas bailar; mas de repente  
Su puesto abandonó;

Y presentó su mano á una adivina,  
Que el porvenir de todos tiene escrito;  
¡Quiso saber con júbilo infinito  
De su destino el fin!

Y la bruja predijo á la ambiciosa  
Que un manto de princesa luciria,  
Y que régia corona adornaria  
Su frente juvenil.

Al escuchar presagio tan brillante,  
A sus amigas olvidó orgullosa  
Y de claveles la guirnalda hermosa  
Dejó al suelo caer.

Y aquella voz fatídica anunciando  
Un porvenir de gloria irrealizable,  
Fué manantial de gloria inagotable  
De inmenso padecer.

Al márgen de una fuente cuyas aguas  
Cristalinas y puras se deslizan  
Entre las bellas flores que matizan  
Un prado encantador;

A Alida volví á ver: su bella frente  
No coronaban ya claveles rojos,  
Y el brillo hermoso de sus lindos ojos  
Lo velaba el dolor.

Burlada su ilusion por largos años  
De inútil esperar, vió marchitarse  
Su tierna juventud, y deshojarse  
Las flores de su sien.

Y dicen que aun persiste desdeñosa  
En sola discurrir por la pradera,  
Que el manto de princesa siempre espera,  
La corona tambien. »

No cual Alida la ambicion del oro  
Cruce tu mente juvenil y casta,  
Que á la que viste el manto del decoro  
Una corona de claveles basta.

LA HIA DEL DAMUJI.

Isla de Cuba.

### Las dos hermanas.

(Conclusion.)

El viento de otoño y la carrera disparada de las nubes que iban en alcance unas de otras como fantasmas, parecían estar profetizando próximas calamidades. Márcos de Heroncliff, lo mismo que los habitantes de Hasledell no habia dormido en toda la noche, y por la mañana vió entrar en su casa á Viberto, cuya alma generosa y cándida no habia olvidado á su amigo, y que explayado por las palabras que delineara María con lápiz, venia á pedir perdón á Márcos de cuanto habia maliciado contra él.

— Márcos, le dijo, tengo que noticiaros muchas rarezas.

— Ya las sé, le contestó Márcos con gozo fementido, vuestros dos tíos han muerto en Calcuta.

— No los he visto nunca, y si me empeñase en llorar su muerte, os reiriais de esta afectacion ridicula. Hablemos de lo que os atañe personalmente. He sido injusto para con vos, Márcos: he creído que vuestro intento era ocupar mi lugar al lado de María y ser su esposo. Mi razon nada tenia que objetar á esto, pero sentia amargamente que no era este el proceder de un amigo. María se ha tomado el trabajo de disculparos. Perdonad pues mis sospechas; era en extremo desgraciado para ser justo.

Tendió la mano á Márcos, quien la cogió riendo con una expresion extremada, y desvió la vista.

— ¿De este modo, Maria consiente en ser señora de Hazledell?

— Así parece: y espero que su hermana, la señora de Heroncliff, nos ofrecerá su castillo.

Márcos guardó silencio, y solo se percibia el eco de su respiracion que anunciaba una conmocion violenta.

— Viberto, le dijo en fin, si quereis creerme, permaneceremos solteros. Es el único medio de conservar nuestra independencia. Permanezcamos libres, y seremos bien acogidos en todas partes: no cambiemos nuestra situacion presente por una felicidad harto eventual. Prometedme no pensar mas en ella.

— Si amáis á Maria, si ella os amase, no me hablariais de esta suerte. ¿Qué me importan la independencia y los placeres que tanto elogiáis? Mi casa será un paraíso cuando ella la habite.

— ¿Estáis decidido?

— Absolutamente. Voyme de camino á Silvermere. Si tuviese aquí el caballo, llegaria allí muy pronto; pero he preferido hacer el camino á pié y tomar el mas largo, á fin de venir á veros. El sosiego y la tardanza se me hacen intolerables; vamos, tomad la escopeta y venid conmigo.

— Os acompañaré, con la esperanza de disuadiros.

— No, no, al contrario; yo os someteré al yugo del himeneo. Venid, mi querido, es tiempo ya de partir. Estais macilento y trémulo... Olvidais vuestra arma por la primera vez en toda vuestra vida. Viberto descolgó el arma y la presentó á su amigo.

— No, le dijo este. Padezco de los nervios, y no podré tirar esta mañana.

— Vamos pues, ¡qué locura! Nadie es mas certero que vos, y he visto en el Valle-Negro, cerca de Silvermere, un gamo magnífico. Caerá en sacrificio y adornará mi mesa el día de las bodas.

Márcos cerró los labios, se los mordió, y guardando silencio, se puso en camino con Viberto. La mañana era parda y el cielo todo encapotado. De cuando en cuando el sol flechaba algun destello amarillento por el todo movidizo de los nubarrones que se agolpaban para atajar sus resplandores. Gruesas ramas de encinas arrancadas por la violencia del viento empachaban el camino, y las cornejas volaban de una parte á otra como si no supiesen dónde fijar su vuelo.

— Este ambiente agudo da mas elasticidad á todos los órganos, dijo Viberto, y es un excelente remedio contra la debilidad y los vapores.

— Yo preferiria un tiempo mas bonancible, repuso su compañero de viaje. Este viento, esta tempestad turban mis sentidos y me acongojan á pesar mio. Hay una relacion recóndita entre las convulsiones de la naturaleza y las del alma.

Cuanto mas adelantaban en su camino los dos amigos, tanto mas vivos y urgentes eran los ruegos y amonestaciones de Márcos, mas lacónico y vehemente su hablar. Viberto no tuvo mucho que hacer para aventar aquellos argumentos contra el matrimonio, cuya lastimera insipidez no merecia contestacion. Entraron en una garganta de montañas, que los habitantes llaman el Valle-Negro, y que abierta en la peña y arcilla, desemboca en Silvermere. Aquel sitio desamparado, donde se habian cometido muchas atrocidades, ofrecia un paso espantoso: espesos hosquecillos cubrian por intervalos los caminos hondos, cuyas ensenadas se emboscaban debajo de aquella bóveda hojosa, y no se veia ninguna habitacion sino á dos ó tres millas de distancia. Por lo regular todo el mundo evitaba pasar por allí; pero como era el camino mas corto para ir á Silvermere, Viberto no tomaba jamás otro.

— No me gusta este valle montaraz, exclamó Márcos, sigamos las alturas.

— ¡Bah! ¿tendriais miedo? No os comprendo esta mañana. ¡Venid pues! Es necesario llegar antes del desayuno. ¿Teméis que la hermosa Edita se burle de vuestra diligencia, si llegais demasiado pronto?

Atravesaban entonces un sitio poblado de árboles, donde muchas malezas revueltas formaban un laberinto muy enmarañado. Márcos se sentó en un tronco de fresno caído, é hizo señal á su amigo que tomase asiento á su lado. Su fisonomia trastornada y formal, su ademán de conmocion ceñuda, admiraron á Viberto, que vino á sentarse cerca de él.

— Márcos, le dijo, no sé qué pensar de vuestra conducta. ¿Por qué me instais de ese modo á que renuncie al amor de Maria? ¿á qué vienen esos vaivenes? ¿á qué esa turbacion? Me estais ocultando algun secreto.

— Pues bien, si para estorbar que os caseis con esa mujer, es necesario que os advierta de todo lo que ha pasado, voy á cumplir con esta obligacion. ¿Creéis que Maria solo piensa en vos, que os ha inalterablemente preferido, y que no ama mas que á vos?

— Sí, lo creo.

— Desengañaos pues. Ayer estaba comprometida con otro, no tan buen mozo, ni tan discreto, pero que entonces era mas rico que vos. Os agasajó la fortuna, y mudó la Clori. ¿Sereis pues esposo de la que no tiene otro objeto que vuestra nueva opulencia?

— ¿Y ese otro... Márcos... seriais vos?

— Preguntado á todo el mundo. Mi casamiento con ella era notorio á todos: nunca mas me fiaré de ninguna otra mujer sobre la tierra. Viberto, creedme, abandonemos á sus reflexiones y á su pesar á la que no merece vuestro amor ni el mio.

— Tal vez os equivocareis. Maria, acogiendo á mi amigo con agrado, habrá creído probarme de un modo indirecto cuánto participaba de mis gustos é inclinaciones. Por otra parte, ¿el enlazarme con una voltaria, es harto razon para que esteis tan pálido, tan trémulo, tan fuera de vos? No, amais á Maria; pero no puedo acriminaros por eso, porque, á mi modo de entender, es imposible verla sin amarla, y alcanzo de lleno cómo vuestra misma amistad se ha estrellado con esa prueba. Seamos competidores, pero sin rebozo, y sobre todo no procuremos calumniar á la que amamos. Vamos á presentarnos, y que ella escoja entre los dos. En cuanto á mí, os juro que si sois preferido, os cederé el puesto sin enemistad, pero no sin quebranto.

Márcos se levantó, y todo su cuerpo temblaba. El continente y la traza de Viberto eran graves, pero exhalaban todavia un afecto caballeresco.

— ¡Id pues allá! exclamó Márcos con voz apagada.

Parecia que una convulsion estremeciese sus miembros, y su fisonomia estaba demudada. Volvióse hácia Heroncliff, y Viberto prosiguió solo el camino empezado, cuando su competidor se detuvo, volvió la cabeza, echó sobre su amigo una mirada sañuda, y rechinando los dientes, se arrojó sobre él.

Volvamos á Silvermere y á sus jóvenes habitantes. Durante las horas que precedieron á esta mañana, Maria no pudo conciliar el sueño. Pasaron ella y su hermana una parte de la noche en edificar castillos en el aire, y en soñar arreglos venideros. Edita aspiraba á ser algun día la única reina y señora del bello feudo de Hazledell, convertirlo en su residencia habitual, atraer allí los jóvenes caballeros, trovadores y amantes de toda la comarca, esperar allí su vejez, y desempeñar el grave ministerio de una viuda maestra de ceremonias. Su hermana la escuchaba sin oír la: la agitaba un desasosiego nervioso, un afán recóndito la embargaba; en vano procuraba distraer sus pensamientos y fijar su atencion en objetos consoladores y graves; el reposo huía de ella, y se horrorizó, cuando oyó á su hermana, que se habia dormido hablando, soltar una carcajada.

— Edita, me has asustado... ¡Edita!... ¿por qué ries durmiendo?

— Rio... (Edita soñaba todavia al pronunciar estas palabras) rio de M. Márcos de Heroncliff, que acaba de hacerme un sermón... sobre la vanidad de los bienes de este mundo... y la fragilidad de nuestras esperanzas.

Murmuró todavia algunas palabras mas, y se aletargó de nuevo. Apenas habia amanecido, cuando Maria, que no habia cerrado los ojos en toda la noche, se vistió de priesa y salió para tomar el ambiente, cuya trespura la reanimó, y logró despejarse un tanto. Encaminóse hácia el Valle-Negro por donde sabia que Viberto acostumbraba pasar. El viento soplabá con violencia y la mañana era nublada. Oyó un ruido lejano semejante á la explosion de un arma de fuego; pero no pudo distinguir claramente, á causa del rumor confuso de las

## DISTRIBUCION DE PREMIOS Y RECOMPENSAS ENTRE LOS HÉROES Y HEROINAS DE 1866.

REVISTA DIABÓLICA, HECHA A LA LIGERA, POR BERTALL.



Primer gran premio de honor dado por unanimidad de sufragios al fusil de aguja. — Aplausos universales. — Música.

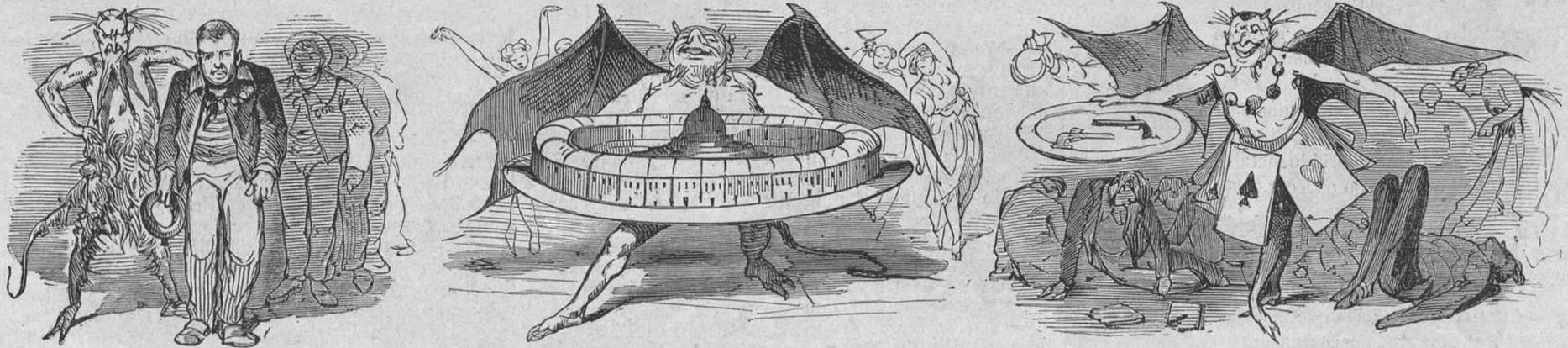


Segundo premio al alemán Dreyse, por su bolla y fecunda (victoriosa demostracion hecha ante el comisario general de los muertos); la agujita en cuestion acaba con cinco hombres en un minuto.

Tercer premio al inglés Needle-son, por haber perfeccionado la bella invencion de M. Dreyse. Demostracion hecha delante del diablo, ingeniero mayor. — Diez hombres exterminados en un minuto.

Cuarto premio al francés M. X., por haber perfeccionado la bella invencion de M. Dreyse. Demostracion hecha ante la comision infernal. Veinte y cinco hombres suprimidos en un minuto.

Accessit á los demás inventores de estos preciosos medios para que la humanidad pueda destrozarse y hacerse añicos fácilmente.



Convicto y confeso este *normando* de haber salvado con riesgo de su vida á 45 personas en peligro de muerte, por lo cual ha merecido un premio de 2,500 francos, ha incurrido en la censura del tribunal infernal, y tendrá que derrochar la susodicha suma en la taberna.

Premio extraordinario dado al comisario encargado por el tribunal del diablo de vigilar la Exposicion de 1867, á fin de que en tan solemne ocasion, no se olvide de hacer bailar una buena zarabanda á todos los capitales, incluso los siete pecados idem.

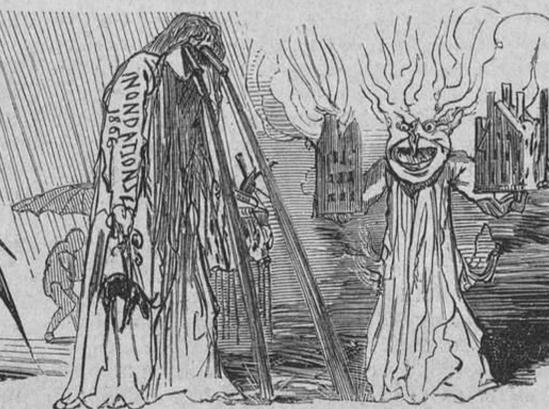
Premio para la supresion de las casas de juego. — Al menos así ya no se podrá vigilar á los jugadores, y entonces se verán bonitas cosas.

DISTRIBUCION DE PREMIOS Y RECOMPENSAS ENTRE LOS HÉROES Y HEROINAS DE 1866.

REVISTA DIABÓLICA, HECHA A LA LIGERA, POR BERTALL.



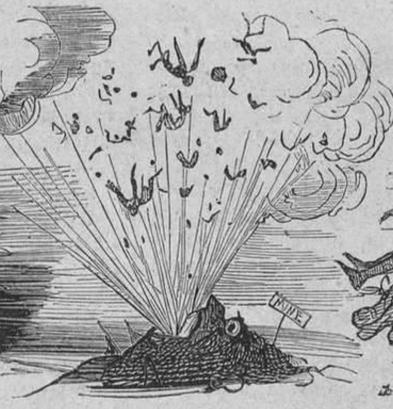
Medalla de honor para el diablo-comisario encargado de la explotación del cólera en 1866.



El diablo-comisario encargado de las inundaciones, no recibe mas que una medalla de plata, porque ha descuidado un poco su trabajo en el Ródano y el Rhin.



Gran medalla por la buena confeccion de varios incendios notables.



Mencion honorifica por explosiones en los ferro-carriles y en las minas de carbon.



Recompensa al diablo encargado de la Bolsa, por las ruinas, robos y suicidios que han producido las liquidaciones de 1866.



Gran medalla al inventor de artículos de lujo para los aguinaldos de 1866.



Gran medalla á madama X..., la primera modista de Paris, porque ha sabido persuadir á las señoras que es imposible llevar un vestido que cueste menos de mil francos. — 30,000 maridos á pedir limosna.



Medalla de bronce al especulador prudente que declaró con laudable franqueza que tiene la costumbre de cobrar cuando gana y no pagar cuando pierde. Las deudas de honor son las únicas que no satisface.



Medalla extraordinaria á la sociedad de cajeros reunidos, por los numerosos y buenos ejemplos que han dado en 1866, y que no se olvidarán en los años siguientes.



Un satisfecit á los empresarios de ciertos teatros, por haber acortado un poco mas los trajes de las bailarinas.



Una medalla de oro á las reinas de la moda, por los brillantes servicios que han prestado, excitando á que las imiten.



Una medalla de oro á las que salen guiar el carruaje, con admiracion general de todas cuantas se encuentran á su paso.



El cochero fiel que devuelve lo que encuentra en su vehiculo, recibe una amonestacion que debe servirle de escarmiento.



Medalla extraordinaria á los periódicos que publican relaciones de crímenes, para que los lectores puedan aprender buenas mañas.



Otra medalla para fomentar las publicaciones de envenenamientos, crímenes conyugales, etc., destinados á dar buenos ejemplos á los matrimonios.



Conclusion. Señores y señoras; estoy contento de vosotros; el año no ha sido malo. Haced de modo que el 1867, sea por lo menos, igualmente satisfactorio.

BERTALL.

hojas, si era el estruendo de un árbol que se desgajaba. Su corazón latió con mas violencia, vagó por sus labios el nombre de Viberto, y apresuró el paso.

Salió un hombre del bosque corriendo, con los vestidos despedazados y el mirar esquivo, y pasó cerca de María, sin hacer alto al principio, pero despues, deteniéndose y cogiéndola del brazo :

— ¡María! exclamó, hé aquí vuestra víctima... Id... volveos... Id... ¡todo se acabó!

Ella reconoció á Marcos; y llena de terror, se deshizo en lágrimas.

— María, repuso el desgraciado, yo no soy ya un hombre; habeis hecho de mí... lo que veis... Asombraos de vuestra obra.

— ¿Es posible, dijo la jóven estrechando las manos con ademán rendido, es posible, Marcos, que mi repulsa os haya trocado hasta ese extremo? Mi corazón, ya lo sabeis, era de otro. Os ofrecí mi sinceridad, mi amistad entrañable; era todo lo que poseía. ¡Yo os aprecio, os lo juro; sed el esposo de mi hermana, cuyo corazón es libre, y sereis mi hermano!

— ¡Muchas gracias! exclamó Marcos con acento turbado, yo no soy hermano de nadie... Vuestro esposo... si quereis... Juradme; si Viberto fuese muerto...

— ¡Muerto! respondió María. ¿Qué quereis decir?

En este momento, dos cuervos levantándose de un zarzal vecino, y peleando por los aires lanzando terribles graznidos, se elevaron sobre la cabeza de María y Marcos. Aquellos animales batallaban por un resto sangriento. Marcos con el brazo levantado, siguiendo con el dedo el camino que recorrian los dos cuervos, con los ojos que parecían salirle de sus cuencas, estaba como privado, rendido al movimiento maquinal que ejecutaba. El pavor de María era sumo. Bien pronto un rizo de cabellos negros, cayendo del pico de uno de los cuervos, vino á parar á los mismos piés de María, la que al ver esté horrible despojo, se lanzó, arrojando un espantoso alarido, hácia el zarzal donde estaba oculta aquella sangrienta presa. Marcos intentó en vano detenerla, y se emboscó en la espesura.

Edita, que habia sabido que su hermana, al salir habia tomado el camino de Hazledell, no tardó en seguirla. Reconoció las huellas de María impresas en la húmeda arena. Llamóla, y solo el viento repitió el nombre de su hermana. Las pisadas que escudriñaba se perdian en las malezas, y solo con mucho trabajo logró abrirse un camino por los espinos y los morales: sin embargo, como reconocia que su hermana debia haber pasado por allá, llegó, con muchos esfuerzos, á una especie de cantera abandonada, donde parecia se aunasen las zorras, los gatos silvestres y las aves de rapiña. Allí, en medio de los restos de animales muertos y de esqueletos de caballos convertidos en polvo, estaba María, descabellada, extendiendo los brazos para apartar de su presa una multitud de cuervos que volaban sobre su cabeza. A sus piés yacia Viberto, cubierto todo de sangre y rota la sien derecha.

Los criados de la casa, enviados para buscar á las dos hermanas, las encontraron en este lugar fatal, privadas de sentido. Edita habia abrigado en silencio una pasión muy vehemente por el jóven Viberto; pero su amistad á María le habia hecho ligero este sacrificio de su amor, y á no ser esta espantosa catástrofe, hubiera quedado oculto el secreto de su corazón.

No alargaré mas el pormenor de esta triste historia que he referido fielmente, sin alterar ningun incidente, pero cuyos actores llevan en mi relacion nombres supuestos. El tío de Viberto falleció á impulsos de su quebranto y arrinconamiento. Marcos no volvió á aparecer mas, y un cádaver desfigurado que se encontró en el bosque, pasó por ser tal vez el suyo, bien que nadie pudo contestar su identidad. Las dos hermanas pasaron juntas el resto de su vida, que el dolor terminó bien pronto. No asomó la sonrisa por los labios de Edita, ni una lágrima por los ojos de María, y á medida que recobraron la razón, yacieron mudas y empedernidas. Se las veia caminar juntas horas enteras por las alturas y por el parque de Hazledell, sin pronunciar una palabra, y sus pretendientes las desahuciaron para siempre en su quebranto. En pocos años se marchitó su hermosura y desaparecieron sus primores; Edita, la mas traviesa y vivaracha, murió la primera, y espiró abrazando á María, la que la siguió pocos dias despues y fué enterada en el mismo sepulcro.

M. DE F.

### Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Continuacion.)

Delante de él se elevaba un parterre en medio del cual, bañado con la tibia luz del astro de la noche, divisábase una hermosa y artística estatua de la reina de los amores, obra del célebre escultor Juan Goujon, el restaurador del arte en su país y conocido con el nombre de Fidiás de la Francia, el cual, segun se dice, pereció bajo el puñal de Carlos IX en la desastrosa noche de San Bartolomé. Mas no era para mirar este prodigio del arte porque se habia parado el caballero del domi-

nó; tampoco fué para admirar las espléndidas ventanas iluminadas de los salones del palacio de Catalina, que eran entonces el asombro de Paris; para oír las dulcissimas armonías que bajo aquellos ricos artesonados resonaban turbando la calma y el silencio de la noche; para mirar las majestuosas torres de San Eustaquio, que dominaban el punto donde ellos estaban; no fué para nada de esto: era solamente su parada para mirar una alta columna que se descubria en medio de una llanura rodeada de frondosos árboles, y para ver el camino que á ella conducia por medio de los vastos jardines del palacio. El caballero, despues de este exámen, iba á dejar á sus compañeros, cuando el ojo perspicaz de Ogilvy descubrió dos sombras humanas á alguna distancia de ellos que se deslizaban por entre los árboles.

— ¡Miradlos allá! ¡por San Andrés! todavía llegamos á tiempo, exclamó.

Apenas acabó de pronunciar estas palabras, el caballero desapareció y los dos estudiantes siguieron tambien las dos figuras que habian á lo lejos divisado. Druida miró un momento á su amo con mucha atención y al recibir una nueva órden, corrió al lado del caballero siguiendo su acelerado paso.

A la llegada del caballero á las puertas de palacio, se abrieron inmediatamente: ninguna palabra cambió con los ujieres, de uno de los cuales recibió una antorcha: atravesó solo un magnífico vestibulo, cuyo pavimento estaba adornado de hermosos mosaicos; subió por una vasta escalera de madera esculpturada; entró en una grande y espléndida galería llena de trofeos y de manoplas ordenadas allá por el caballeresco Enrique II; pasó esta galería y llegó por fin á un sitio en donde se veían tres grandes estatuas de bronce. Tocando la lanza de la estatua del medio, cedió á la presión, y al abrirse descubrióse un sombrío y tortuoso pasaje por el cual adelantó sin vacilar.

### XVII.

#### EL LABORATORIO.

Yo he viajado por las celestes esferas; conozco los signos, los planetas y sus nombres; puedo juzgar de los movimientos directos y retrógrados, de los sextilios, de los cuadrados, de los triángulos de fuego y de los trineos.

CONGREVE. — *Amor por amor.*

Dejando al caballero proseguir solo su viaje subterráneo, trataremos de dar entre tanto al lector una idea de la singular escena que le esperaba á su llegada al laboratorio del astrólogo.

Figúrese, pues, una cámara de elevada bóveda, de forma cilíndrica, de construcción maciza, y semejante á una torrecilla con sus paredes de granito ennegrecidas por el humo, con sus pilastras ornadas de coronas de flores de lis, espejos rotos, cuernos de la abundancia, y en fin, lazos de cintas entrelazados con las letras C. H., que no eran otra cosa que divisas emblemáticas de la viudez y condicion real de la que mandó construir la torre.

En cada una de las subdivisiones que forman entre sí las pilastras, vense algunos talismanes supersticiosos, cuya forma vamos á tratar de describir, temerosos de que la fantástica imaginación de algun lector les atribuya una forma demasiado grotesca. En el primer compartimiento hay una figura humana con las insignias de la soberanía y la corona en la cabeza, montada sobre un águila, teniendo en una mano el rayo y en la otra un cetro, mientras que una figura de mujer con pico de tántalo ofrece á sus ojos un espejo encantado. Este grupo está rodeado de geroglíficos y caracteres cabalísticos, entre los cuales se ve grabada la palabra *Hagiel*, el espíritu de Saturno. En el segundo compartimiento encuéntrase otra figura de mujer, de rara hermosura, con los cabellos flotantes, y que tiene en la mano derecha una serpiente, y en la izquierda un cuchillo de forma singular; al rededor de esta figura hay una infinidad de medallones con máximas hebraicas y caldácicas, entre las cuales se ve escrita la palabra *Redemel*, el espíritu de Venus, y *Asmodel*, uno de los doce ángeles, gobernadores de los signos celestes.

Podemos añadir que aquellos talismanes á los que se atribuía una soberana virtud, y el poder de auxiliar en la adquisición de la ciencia mística, estaban compuestos de diversos metales, fundidos en el momento mismo en que dominaban las constelaciones que habian presidido al nacimiento de la reina que los mandó construir, y que estaban cimentados con sangre humana y de macho cabrío. El tercer compartimiento está ocupado por un grupo aun mas fantástico. Hállase en él un altar de marfil contra el que se apoya un cojín carmesí, que sostiene un enorme crucifijo de plata, dentro del cual hay una pequeña cruz de ébano. A cada lado se ve un sátiro de bronce cincelado, apoyando su cuerpo sobre un bastón y sosteniendo en la espalda un vaso de puro y resplandeciente cristal, que contiene ciertas drogas desconocidas, destinadas al parecer á alguna ablución impia ó á la celebración del conventículo de las brujas.

A no dudar, algun misterio se oculta bajo los estrechos pliegues de una sombría y espesa cortina que cubre el cuarto compartimiento.

El laboratorio de Rugieri hubiera sido incompleto á

faltar en él lo que en la jerga de la filosofía hermética se llamaria el poseedor de los secretos, el productor del fuego inmortal, el hornillo, en fin. El gabinete del alquimista no carecia de aquel indispensable accesorio; ¡vedle! héle ahí con su forma redonda, siguiendo la fórmula de la ciencia, con sus delgados tubos á cada lado, con su puertecilla, su ventana, y su cucúbita. En la primera se ve la profana aplicación de aquel texto sagrado: *Querite et invenietis: pulsate et aperietur vobis*; y en el marco de la segunda se halla trazada una inscripción enigmática. Sobre la tripode del hornillo hay un vaso de vidrio que tiene la forma de una calabaza, y está lleno de un fluido rojo, que segun indica la etiqueta es el *lac virginítatis*. Cerca de dicho vaso hállase una cucúbita sumergida en un baño que contiene un específico preparado, segun las fórmulas de Flamel, para las enfermedades astrales; y un poco mas allá se ve el vaso de cobre, denominado baño de Santa María, con una inscripción latina.

Al rededor del hornillo, se halla el suelo cubierto de todos los objetos heterogéneos que pueden encontrarse en el gabinete de un adepto, á saber: tierras, metales, vitriolo, sal de tártaro, álcalis, gomas, aceites, crisoles, retortas y alambiques. No omitiremos una tabla de mármol negro sobre la que hay depositadas ciertas drogas y frascos con una careta de vidrio, circunstancia que atestigua suficientemente cuán sutil y mortal es la naturaleza de las sustancias que emplea el habitante de aquella cámara.

Ahora que el lector conoce ya el domicilio, vamos á decirle quién lo ocupa.

Junto á una mesa de forma tan extraña como el resto del mueblaje, sobre la que se ve un reloj de arena y un cráneo, iluminados por la rojiza luz de una lámpara de plata, con un pergamino místico extendido ante sí, y aparentemente sumido en profundos cálculos, está sentado en un sillón de encina de elevado respaldo, un anciano de grave aspecto. Por su ancho ropon de terciopelo negro con mangas flotantes, por su rostro lívido y su frente surcada de profundas arrugas, fácil es reconocer al astrólogo Rugieri. A su lado se halla otra persona que por su aire altanero é imperioso y su orgullosa frente, bien se echa de ver á Catalina de Médicis, cuya fisonomía no era fácil olvidar.

Debajo de la mesa, que casi parecia sostener con sus anchas y disformes espaldas, estaba el enano Elberico, cuyos ojos brillaban como carbunclos fosfóricos en la oscuridad. No era posible distinguir de la negra é informe figura del enano, mas que los contornos, que se asemejaban á los de un oso. Su mano parecia sujetar la rueda de alguna máquina oculta, destinada á levantar una trampa ingeniosamente practicada en el suelo de la torre. A los piés del enano veíase un pequeño gato negro, especie de animal muy apreciado por los antiguos nigrománticos para la confección y perfeccionamiento de sus encantos.

En el momento en que presentamos este cuadro, el grupo que acabamos de describir estaba silencioso é inmóvil. Rugieri proseguia sus cálculos con afanoso celo, siguiéndole en ellos la reina con el mayor interés. El enano estaba inmóvil como una estatua de ébano, solo el brillo de sus ojos anunciaba la vida.

De repente vibró en el espacio un sonido agudo, semejante al que produce un vaso al romperse, y entonces la reina madre, alzando los ojos, fijó sus miradas en un instrumento astrológico de curiosa invención colocado sobre un velador que habia á su lado. El instrumento de que hablamos estaba construido segun las instrucciones dadas por los célebres adivinos de la antigüedad; representaba las siete figuras simbólicas de los planetas, que fueron llamados por Mercurio Trismegistus los siete gobernadores del mundo, trabajadas primorosamente con los metales y piedras mas preciosas que se suponían estar directamente bajo la influencia de los astros, y habia costado cuantiosas sumas. La figura en que fijaba Catalina sus miradas en aquel momento, era de bronce, y representaba un guerrero montado sobre un leon del mismo metal, con una espada en la mano derecha, y en la izquierda una cabeza separada del tronco; en la cimera del casco de aquella marcial estatua brillaba una punta metálica y en su lenta ascension, la espada del guerrero, poniéndose en contacto con un vaso en forma de campana, colocado encima, habia producido el ruido de que acabamos de hablar.

— El enmascarado no viene, exclamó Catalina mirando con desaliento á la estatua. El brillante Júpiter no tiene ya poder alguno; estamos ahora bajo la dominación del terrible Marte, planeta mal dispuesto hácia nosotros.

— Es verdad, señora, contestó el astrólogo; y ved, el rojo planeta sube á la segunda fase de Aries. ¡Pluguiera el cielo que hubiese llegado antes de verificarse esta fatal conjunción! Nuestro proyecto difícilmente saldrá bien.

— No habéis así, replicó Catalina con aire confiado; si Crichton perece, habremos adelantado mucho para la realización de nuestro plan. ¿Cuándo han dejado de producir efecto los venenos ó el puñal de Maurevert?

— No dando el golpe en vago, nunca, señora; pero...

— Pero qué... ¿á qué vienen esos temores?

— Las constelaciones celestes presagian un peligro para ese escocés, pero no la muerte, contestó gravemente el astrólogo; pues aunque su horóscopo, el astro de la vida se encuentra con el de la muerte, aunque el señor de la Cuarta Casa esté en conjunción con el del Ascendiente en Aries, en las órbitas de un cuadrado de Saturno, y por mas que Capricornio descienda sobre el cruzamiento del Octavo, hay, sin embargo, otros signos

poderosos en oposicion con aquellos. Puede escaparse, señora.

— ¡ Ah! exclamó Catalina.

— Me parece ver aun su estrella brillar en el cielo, continuó Rugieri; majestuosa y serena, atraviesa el firmamento, rodeada de una auréola de gloria. Algunos astros envidiosos y malignos, lanzan sobre ella sus maléficis rayos; pero todo es en vano, y prosigüé su carrera con esplendorosa calma.

— ¿ Es eso lo que te dice tu ciencia? preguntó Catalina impaciente.

— Mis silenciosos é infalibles consejeros me hablan así, señora, repuso el astrólogo, yo no soy mas que su intérprete.

— Continúa entonces, dijo Catalina con frialdad.

— La estrella se ha convertido en meteoro, continuó Rugieri; la vista no puede soportar su brillo.

— ¿ Despues?

— Sigo mirando... Los cielos aparecen sombríos; el meteoro que alumbraba mis ojos ha desaparecido; la estrella de Crichton no se ve ya.

— ¿ Y cuándo debe suceder eso?

— Antes que haya trascurrido medio lustro, señora.

— ¡ Tanto tiempo! ¿ Y de qué modo concluirá su destino?

— El signo está inflamado, y Saturno es el planeta enemigo y fatal, contestó el astrólogo. En su esfera de plomo veo caer á Hylech; el escocés morirá por la espalda.

— Y si tus infalibles cálculos te auguran eso respecto al escocés, ¿ qué te dicen sobre tu propio destino?

— ¿ Quereis que saque mi horóscopo, señora?

— Es inútil, contestó la reina con acento brusco; yo le leeré por tí. Tu destino está enlazado al de Crichton; uno de los dos ha de perecer, y si él no muere esta noche, tú irás al patíbulo mañana. Mi mano no se extenderá, como en otro tiempo, para arrancarte de la rueda...

— ¡ Mi buena señora!

— Si las influencias celestes te hacen traicion, evoca en tu auxilio un poder mas sombrío. Por medio de los encantos que te precias de haber descubierto con ayuda de tu mágica ciencia, evoca un espíritu semejante al que servia al sabio Cardan, y mándale que hiera á tu enemigo, pues yo te juro que si Crichton sobrevive para destruir mis proyectos, tus cenizas serán arrojadas al viento en la plaza de la Greve antes que la noche haya envuelto de nueva la ciudad en su tenebroso velo.

— El espíritu que servia á Gerónimo Cardan, contestó con firmeza Rugieri, no tenia ningun poder sobre la vida. Cardan podia prever, pero no impedir, y sin embargo, era muy versado en el lenguaje de los astros. Cuando predijo que vuestro augusto esposo Enrique II estaba amenazado de una muerte terrible y repentina, no pudo indicar los medios de conjurarla, y todo su arte fué insuficiente para desviar la lanza fatal de Montgomery. El destino del ilustre monarca estaba ya decretado. Asimismo, cuando merced á mi profundo conocimiento de los signos celestes, sé que vuestra brillante carrera se terminará en los límites de San German, no puedo hacer mas que mostraros el fin de vuestro destino. Será inútil que V. M. se abstenga de poner los piés en el distrito que lleva ese nombre; vuestro sino se cumplirá infaliblemente á despecho de todas vuestras precauciones. Os he prometido largos días, el poder y la dominacion, y mis pronósticos se cumplirán, pero los medios dependen de mí. Os he mostrado cómo podriais mantener vuestra autoridad, extender vuestro poder y asegurar vuestra vida; si yo perezo, vuestros honores, vuestra dominacion, vuestra influencia sobre el rey, y vuestro poder, se os escaparán de las manos, cayendo en polvo como una caña roida por los gusanos. Entregadme á mis enemigos, y yo os predigo que antes de una semana, Luisa de Vaudemont tendrá un imperio absoluto sobre el afecto de su esposo; Joyeuse estará en el poder; la Liga será destruida; Guisa y sus partidarios que indirectamente favorecen vuestros proyectos, se verán perdidos; Enrique de Navarra y los hugonotes, recobrarán en Paris toda su influencia, y entonces V. M. se encontrará sin partido, ó acaso sea desterrada con su hijo el duque de Alençon. Yo puedo variar esos resultados que preveo, y cuando mis cenizas hayan blanqueado las piedras de la plaza de la Greve, y vuestros enemigos se regocijen por vuestra caída, ya os acordareis de mis advertencias.

Catalina lanzó una exclamacion de despecho, pero no interrumpió al astrólogo.

— Evocar un espíritu de las tinieblas, continuó Rugieri, que habia recobrado todo su aplomo, no es una gran dificultad para quien posee el tesoro de geroglíficos de Nicolás Flamel; que puede extraer los nombres de los malos ángeles de la Santa Escritura, como lo hacia el sabio hebreo Mecubal; que puede buscar en los antiguos caldeos el medio de evocar un genio de los rayos del sol ó de la luna, y que comprende en fin los sellos de los signos y el Notariaco de los cabalistas. Evocar un espíritu sin la debida preparacion, es cosa que en vez de auxilio puede traer la muerte; pero si V. M. lo desea, voy á disponer lo necesario para hacerlo, procediendo segun las instrucciones de Apolonio y de Raimundo Lulio, y haciendo uso de los signos dados por el sabio Porfirio en su tratado oculto *De responsis*.

— No quiero semejante prueba de tu ciencia, contestó Catalina con frialdad; elige un momento mas conveniente para tus consultas con los espíritus de las tinieblas, pues no quiero comprometer mi salvacion por tener comunicaciones tan impías. Sin embargo, si tienes verdaderamente un espíritu familiar que te sirva, él ha

debido protegerte contra tu enemigo. Crichton no hubiera debido jamás penetrar hasta aquí.

— Crichton se ha introducido aquí por estratagemas, señora, yo estaba ocupado en aquel momento en curar la herida de la veneciana, y Elberico se descuidó por la primera vez. Crichton se apoderó del pergamino y de la imagen antes que yo pudiese impedirlo ó destruirle.

— Y por conocer los caracteres de ese pergamino, es dueño de todas nuestras intrigas con Guisa y Borbon, de nuestras relaciones con Roma, y sobre todo del objeto oculto de nuestra mision en Mántua.

— Sí, señora.

— Y conoce la connivencia del enmascarado en nuestro complot, y sabe el papel que debia desempeñar, ayudando á mi hijo, el duque de Alençon á subir al trono de su hermano Enrique. ¿ Tú has trazado todo eso en el fatal documento?

— Seria inútil que tratase de ocultar mi imprudencia á V. M.

— ¿ Y conoce en consecuencia el nombre y el rango del enmascarado?

— Indudablemente, señora.

— Y dime, Rugieri, y contéstame la verdad: ¿ figura mi nombre al lado del de mi hijo el duque de Alençon, en el complot formado para destronar á Enrique?

— No, señora, contestó Rugieri con aire de seguridad.

— ¿ Estás seguro de eso?

— Como de mi existencia.

— Cosme Rugieri, has sellado tu propio destino.

— ¿ Cómo, señora?

— El rey pide una víctima, y yo haré de la necesidad virtud. La justicia debe seguir su curso mañana.

— ¿ Y V. M. me entregaria al tribunal?

— Si Enrique lo exige, no puedo negárselo.

— ¿ Habiéis reflexionado en las consecuencias de semejante determinacion, señora? objetó Rugieri con sombría audacia.

— Las consecuencias, ¡ ah!...

— El tormento puede arrancarme la verdad.

— ¿ Quién creeria tu acusacion, y contra mí, cuando no existe ninguna prueba escrita?

Los labios pálidos y secos de Rugieri se contrajeron con una amarga sonrisa.

— Pero si no existen pruebas escritas, señora, exclamó, puedo producir vuestros propios despachos, firmados de vuestro puño y letra y sellados por vos misma.

— ¡ Ah!...

— Si yo aduzco vuestras propias confesiones de haber envenenado á vuestros dos hijos y de conspirar contra el tercero, ¿ qué aspecto tomará entonces la acusacion?

— ¿ Cómo! ¿ no has destruido mis cartas? preguntó Catalina temblando de furor. No, no; eso no puede ser.

— ¡ Miradlas! replicó Rugieri sacando un paquete de su pecho.

— ¡ Traidor! exclamó Catalina; tú has conservado esas cartas para venderme.

— No, señora, contestó Rugieri, sino para protegerme: he servido fielmente á V. M.; no he vendido ninguno de los secretos que me ha confiado, y el tormento podrá arrancarme los miembros uno á uno antes que yo pronuncie una sola palabra que os deshonre. Entregadme al tribunal de Enrique; abandonadme á la Cámara ardiente y estad tranquila. Hé ahí vuestros papeles.

— Te habia juzgado mal, Rugieri; en tanto que tenga un átomo de poder, nadie tocará á un pelo de tu cabeza.

— Vuelvo á encontrar en vos una noble y generosa señora, murmuró el astuto astrólogo besando la mano que le tendia Catalina.

— Echa ese paquete á las llamas, mi leal servidor, dijo la reina, pues pudiera suceder que cayese en manos menos honradas que las tuyas.

— Antes de hacerlo así, ¿ quiere V. M. examinar el contenido? Hay ciertos papeles que acaso no os conveniria destruir.

— No tengo empeño en conservar ninguno, dijo Catalina reflexionando; pero si recuerdas de alguno que pueda servirnos, habla sin temor.

— Entre otros papeles, este paquete contiene las pruebas del nacimiento de Esclarimonda, que pudieran ser útiles si V. M. quisiese restablecer un día la fortuna de su casa, ó servirse de ella como de un instrumento contra el partido protestante.

— ¡ Es verdad! ¡ es verdad! exclamó Catalina; dame las, porque esas pruebas me son muy necesarias en este momento para enseñárselas á Enrique. Debo revelarle el secreto del nacimiento de esa jóven, pues he notado esta noche que la dirigia amorosas miradas, y quisiera evitar las consecuencias de una nueva pasion.

— ¡ Quiera el cielo que no llegueis demasiado tarde! exclamó Rugieri; S. M. está perdidamente enamorado y tiene además un rival para aguijonear sus deseos.

— ¡ Un rival! dijo la reina; ¿ y quién se atreve á dirigir sus miradas sobre mi protegida?

— El que se atreve á todo.

— ¿ Te refieres acaso á ese Crichton?

— S. M. el rey me ha asegurado que ese maldito escocés es amado de Esclarimonda, repuso Rugieri.

— ¡ Insolente! gritó Catalina; y sin embargo, yo he debido ya presumirlo al ver los celos furiosos de Margarita y sus continuos arrebatos, en los cuales me ha parecido oír siempre el nombre de Esclarimonda.

— El rey ha ejecutado sin duda su designio, desparando las sospechas de la reina de Navarra. Tal era al menos su intencion.

— Así deberá ser, repuso Catalina, y si los celos de Margarita nos sirven de algo, poco tendremos que temer de Crichton. Sobre este punto no hay cuidado. ¿ Le has entregado tu frasquito?

— Sí, á Margarita, exclamó Rugieri turbado.

— Está bien; me ha hecho una promesa solemne que no se atreverá á quebrantar. No temas: Crichton no volverá á molestarnos.

— Una mujer puede vacilar, murmuró Rugieri. De todo el bello sexo, V. M. es la única persona que he encontrado con firmeza y resolucion.

En aquel momento dejóse oír un ruido en la pared de la cámara, como si una llave girase en la cerradura.

— ¡ Ya viene! gritó alegremente Catalina; todo va bien.

Un momento despues, abrióse una puertecilla tan perfectamente disimulada en la mamposteria de la torre, que era imposible percibirla, y apareció en el dintel el caballero enmascarado, seguido de un enorme perro.

El caballero y la reina cambiaron un saludo en extremo cortés; pero el enano y su compañero de la raza felina manifestaron síntomas inequívocos de descontento á la aparicion de Druida en sus dominios. Encrespándose furioso y arqueando el dorso, el gato parecia dispuesto á recibir al intruso con los dientes y las uñas, en tanto que el enano, no menos irritado, miraba á su alrededor para buscar un arma mas formidable. Druida, sin embargo, tomando posicion á los piés de su nuevo dueño, miraba aquellas hostiles demostraciones con la mayor indiferencia y desden, sin apartar sus brillantes ojos del astrólogo en el que parecia reconocer á un enemigo.

Las primeras preguntas que Catalina hizo al caballero fueron para averiguar si habia asistido á la cena real, y al recibir una contestacion afirmativa, continuó su interrogatorio.

— Vuestro adversario estaria allí, ¿ no es cierto?

— Sí, señora, contestó el enmascarado.

— ¿ Ocupaba el sitio que le está reservado de costumbre al lado de nuestra hija Margarita? preguntó Catalina con ansiedad.

(Se continuará.)

## Exposicion de aves cebadas,

MANTECAS Y QUESOS EN EL PALACIO DE LA INDUSTRIA.

Esta exhibicion de grasas y de quesos se ostentaba en un palacio que cobijaba hace poco tiempo las obras maestras de la pintura francesa contemporánea. En lugar de los cuadros, hé aquí primeramente 425 piezas de volateria: capones y gallinas, el honor de las razas de Bresse, de la Fleche, de Houdan, de Crevecœur, la fina grasa de Normandía; pichones, gallinas de Guinea, pavos, gansos, patos de todas partes, de una redondez apetitosa. Este enarbolaba orgullosamente el penacho de su cresta, aquel disimulaba con modestia su cabeza debajo de sus alas; unos tenian la cola extendida en forma de abanico, y otros exhibian sus partes mas carnudas desnudas de todo plumaje.

Una sensacion no menos penetrante espgraba á los que recorrian las salas donde habia expuestas 760 especies de quesos, que exhalaban á porfia sus cualidades rivales. Habia allí quesos de todos los paises. En primer término descollaban los olorosos productos de la Holanda, de Westfalia, de la Dinamarea y de la Suiza: la Prusia victoriosa no se habia desdenado de enviar al palacio de la Industria los ricos productos de sus queserías.

En cuanto á las mantecas, ofrecian todos los colores, envueltas en gasas y en cintas, y los instrumentos representaban un conjunto completo de mecánica perfeccionada.

El año último, el premio de honor de la volateria fué para los capones; y esta vez han sido los pavos de Sena y Oise, los que han ganado la medalla de oro. Finalmente, la Baviera ha merecido el premio de honor de los quesos, y el departamento del Ain se ha distinguido por sus pastas coccidas.

J. L. G.

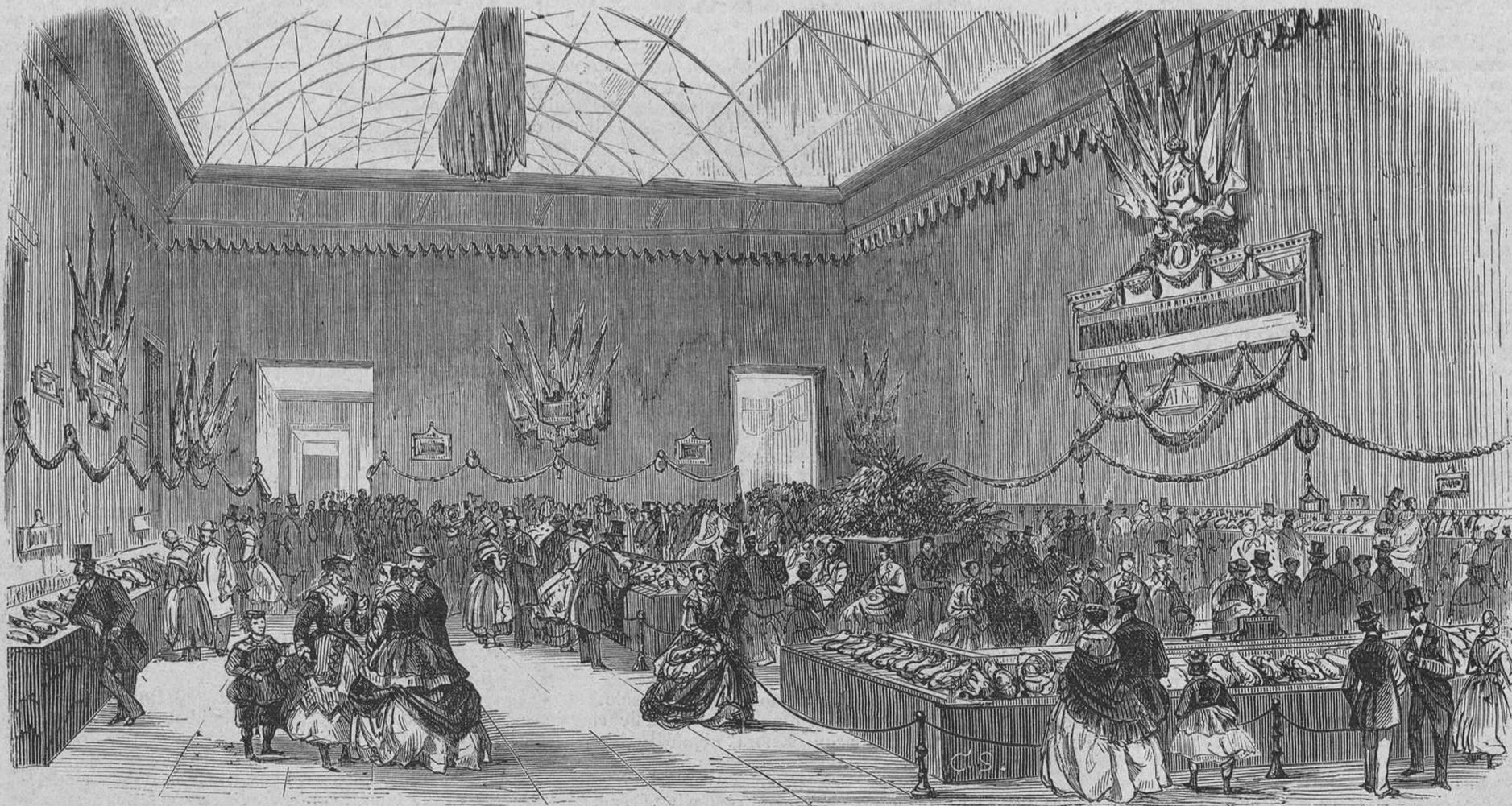
## La sala de exámenes públicos

EN EL NUEVO LICEO IMPERIAL DE VIENA.

A propósito de la vista que publicamos de la sala de exámenes públicos en el nuevo liceo imperial de Viena, hé aquí algunas breves noticias que creemos interesantes:

En otros paises las distribuciones de premios se hacen con gran solemnidad en presencia de los alumnos y de sus parientes; pero en Alemania no hay tales fiestas, y en su lugar se convoca á las familias á reuniones impopulares para que asistan á los exámenes de los alumnos. Aquí no se quiere que los profesores se consagren á formar individuos sobresalientes, y lo que se desea es que se reparta la instruccion entre todos.

Bajo este concepto, los exámenes que deben señalar los progresos de los alumnos, se hacen públicamente y tienen grande importancia.



Vista de una de las salas de la exposicion de aves cebadas, mantecas y quesos, en el palacio de la Industria.

Todos los alumnos de cada clase son interrogados sobre todos los ramos de estudios á que se dedican, y estos exámenes duran de tres á cinco horas, segun la edad. Los profesores que han enseñado en el año, interrogan alternativamente á cada discípulo por espacio

de veinte ó treinta minutos, siendo de advertir que no hay nada preparado para este exámen. Verbigracia: cuando se trata de traducir una lengua extranjera, se invita á una de las personas presentes á que designe la obra y el capítulo cuya traduccion desea. Por estas indi-

caciones sumarias, se verá que, segun hemos dicho, en Alemania no tratan los profesores de sacar jóvenes sobresalientes, sino de obtener en cada clase el mayor número de buenos alumnos que sea posible.

P.



Sala de exámenes públicos en el nuevo Liceo de Viena.

**Los montañeses de los Vosges**

(Francia).

TIPOS, USOS Y COSTUMBRES.

Las montañas de los Vosges, principalmente las de los distritos de Remiremont y de Saint-Dié, están habitadas por una hermosa raza de hombres que, tanto en costumbres como en naturaleza y fisonomía, difieren esencialmente de sus paisanos y vecinos de las llanuras inmediatas. Orgullosos y suaves de carácter, ocultan un buen corazón bajo una corteza un tanto tosca; son confiados y de costumbres patriarcales; pero su ingenuidad y sencillez no impiden que sus pasiones sean muy vivas, su amor á la independencia muy pronunciado, y sus resentimientos tan durables como enérgicos. Todos ellos son altos y de un temperamento robusto, aunque se contentan con un alimento casi exclusivamente vegetal; por punto general son mas sóbrios que los habitantes de las llanuras. Sus costumbres son puras, y entre ellos las muchachas que tienen mas reputación de honradez en toda la aldea, vienen á ser objeto de unos homenajes que demuestran cuánto se estima la virtud en esas montañas. En algunos cantones, cuando una de estas mozas estaba para contraer matrimonio, era de rigor ofrecerla con mucha ceremonia una gallina blanca. Otra costumbre singular quería que el vestido de boda fuese negro. Sin embargo, todo esto ha caído en desuso; y lejos de nosotros la idea de insinuar así que las montañas de los Vosges hayan dejado de ser un asilo y un lugar de refugio contra la desmoralización creciente de los campos. Bellas y robustas, estas montañesas gustan de engalanarse con lujosos trajes. Los hombres llevan el cabello largo, la casaquilla cuadrada á la francesa, y el largo chaleco que les baja hasta las caderas. Continúan siendo los aldeanos del tiempo de Lafontaine y de la Bruyère, y no conservan con menos amor



Tipos de los Vosges. — Los pescadores de truchas

la mayor parte de las tradiciones que les han legado sus antepasados. El espíritu de innovación que cambia el aspecto de las ciudades y de ciertos pueblos en el curso de una generación, hace en ellos muy poca mella: las ferias, las fiestas patronímicas, y todas las instituciones del pasado se conservan allí en toda su fuerza. Son estos otros tantos lugares donde adquieren nuevo temple los instintos de sociabilidad y de comercio. Por lo demás, los objetos de cambio de que pueden disponer los montañeses de los Vosges son poquísimos: apenas cultivan otra cosa que el lino y el cáñamo, cuyas preparaciones forman el principal empleo de la población femenina de estas hermosas y primitivas comarcas.

No abrigamos la pretensión de ofrecer aquí un cuadro completo de las costumbres y los trajes de los habitantes de los Vosges. Las noticias generales que preceden no son mas que una introducción, un frontispicio para poner de relieve algunos de los tipos mas acentuados y originales de los distritos montañosos del departamento, que ha copiado con toda exactitud un artista célebre.

— ¿Qué se presenta primero á nuestra vista? *El pescador de truchas*. El exquisito pez que lleva este nombre habita con predilección las aguas frescas y puras que abundan en esos montes. Durante las noches del estío, y mas aun en las de los meses de octubre y noviembre, tiene la costumbre de emprender expediciones de amor ó de salud por las arenas húmedas, por los sitios poco profundos, donde sin embargo, no deja de haber corriente. De día no se muestra, ó por mejor decir, no se esconde sino en los parajes mas solitarios, donde tiene cuidado de mantenerse constantemente al alcance de un retiro seguro. Así es, que prefieren pescarle de noche á la claridad de una tea de abeto, cuya luz le deslumbra y le atrae.

Este modo nocturno de conquista se ve representado en nuestro grabado. También de día se pesca, pero es con la mano, lo cual exige, no solamente una extremada destreza, sino un profundo



Los gitanos.



Las lavanderas.

conocimiento de los usos y costumbres de la trucha. Lo mismo que el salmón, tiene el furor de subir la corriente, y este prurito de lucha causa irremisiblemente su pérdida. El pescador se pone de emboscada con la espalda á la corriente, espera á la trucha al paso y la *bloquea*, según la expresión vulgar, con toda la destreza de que están dotados esos hijos de las montañas. La especie más estimada de todas las que viven en los ríos y los hermosos lagos de los Vosges, es la truchita negra, que no es mayor que la mano; y donde se la encuentra en abundancia es en las corrientes de los valles de Granges y de Celles, del Grand-Goutis y en los lagos de Gerardmer y sus inmediaciones. Tres lagos famosos se cuentan en los Vosges, tanto por la rica calidad de sus truchas, como por la belleza del paisaje que los rodea, y son: los de Gerardmer, Tournemer y Longemer. *Mer* es una palabra céltica que, según parece, significa *agua*.

— *Gitanos*. — Los gitanos llegan á los Vosges en el rigor del estío, por cuadrillas de diez, quince, veinte y treinta. Esta gente nace, vive y muere en medio de los caminos. ¡Triste suerte! ¿Por qué un gran poeta les llama *alegres gitanos*? Yo me los figuro siempre macilentos, silenciosos, tan sombríos como bronceados. Durante el día cada cual piensa en representar su papel: los chicos bailan y piden limosna; las mujeres dicen la buena ventura; los hombres ensayan las zarzabandas que al caer la tarde ejecutan á la entrada de las aldeas. La población les contempla muda de sorpresa y sobrecojida con una especie de supersticioso terror. Se pregunta de dónde vienen esos hombres de piel curtida, de harapos pintorescos, de ojo ardiente y cabellera de azabache. La noche que sigue á este negro concierto, no se duerme bien en la rústica cabaña; nadie se atreve á levantar la voz; todo el mundo cuchichea, los chiquillos se acogen al regazo de su madre y se tienen sueños fatídicos.

Sin embargo, los gitanos se han ido á su campamento nocturno, agrupándose en poética confusión en torno de una hoguera de ramas de abeto, que á un tiempo sirve para cocer la comida, para calentar á la tribu y para iluminar el paisaje. Hombres, mujeres y chicos duermen en las variadas posiciones en que les sorprende el sueño; pero un par de perrazos enormes atiende á la seguridad de la república dormida. Cuando carecen de perros, los hombres hacen centinela por turno. — Nuestro grupo da una idea exacta de los gitanos que recorren el departamento de los Vosges.

— *Lavanderas*. — No hay duda que un lavadero siempre es un lavadero, y el agua es siempre el agua; pero lo cierto es, que con estas dos cosas se puede hacer en los Vosges, como en todas partes, un bonito cuadro, cuando al ojo del artista se reúne la ciencia profunda y el sincero amor á la naturaleza. Lo que distingue á las lavanderas de los Vosges es su traje. Y no hablo de otra cosa; pues es evidente que los *proquages* (chismografía) del lavadero son lo mismo en todos los países del mundo. ¡El agua está tan fría y el día es tan largo! ¿Qué sería de las pobres lavanderas si no animasen su tarea con algunas murmuraciones sobre el vecino, y particularmente sobre la vecina? Se murmura pues, en los Vosges, y esto hace agradable el trabajo de las lavanderas.

L. M.

(Se continuará.)

## La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Continuación.)

Desesperado, fuera de sí, soltó el llamador y fué á dar vuella á la casa, deteniéndose en la parte de atrás, cerca del jardín, y á la puerta de una rústica cabaña habitada generalmente por el hortelano. Su mujer salió al encuentro del caballero, y al ver que preguntaba por los señores, llamó á su marido.

— ¿En qué puedo complaceros? preguntó el buen hombre descubriendo su canosa cabeza.

— He llamado varias veces en casa de don Gil, y nadie me contesta...

— ¿Y deseáis saber la causa?

— A eso vengo.

— Nada más sencillo; no hay nadie que pueda contestar.

— ¿Qué decís, pues y los señores?

— El señor y la señorita se marcharon anoche serian las diez, y esta mañana de madrugada fueron también Marta, su marido y los demás criados, dejando la casa cerrada.

La palidez de Alberto se iba aumentando por grados, tuvo que sentarse en el tronco de un árbol que había tronchado el huracán; y reuniendo todas sus fuerzas, se preparó á continuar su interrogatorio.

— ¿Y no sabéis la dirección que han llevado?

— Los señores no sé, porque no los ví marcharse, más supongo habrán ido á Madrid.

— ¿En qué fundáis esa suposición?

— En que Marta y los demás criados se han dirigido allá, y yo creo, como es natural, que vayan tras de sus amos.

Alberto quedó pensativo, participando de la misma sospecha que acababan de comunicarle.

Al cabo de un rato, se levantó con el ademán de una persona que acaba de tomar una resolución importante; y después de haber recompensado espléndidamente al hortelano, recomendándole comunicase cuantas noticias tuviese de sus amos á un criado de su confianza que le designó, se dirigió aceleradamente á su casa.

Media hora después, sin cuidarse de tomar alimento, ni dar tiempo á que le preparasen un coche, montó en su magnífico alazán y partió á un trote largo con dirección al camino real, que debía conducirle á la opulenta corte de las Españas.

Procuró hacer indagaciones en todos los puntos de parada, y como nadie le diese razón de don Gil ni de su nieta, llegó á desalentarse algún tanto.

Apenas serian las cinco de la tarde cuando, rendido de fatiga y de dolor, se apeaba á la puerta de su palacio en la calle de Alcalá.

Sombrió y meditabundo, se retiró á su dormitorio, sin que bastaran los cuidados y la tierna solicitud de su leal secretario, para sacarle de su profunda abstracción.

Pasaron algunos días de este modo, en los cuales se ocupó con actividad en recorrer las calles de la capital, buscando en todas á su amada Clementina, sin encontrar el más leve indicio de su paradero, ni la más pequeña tregua á su mortal inquietud.

Una mañana, hallábase más abatido y melancólico que de costumbre, y como el único lenitivo á sus pesares era contemplar el retrato de su amada, le colocó delante de sí sobre una mesa, y con los codos en ella y en las mejillas las manos, se quedó largo rato embebido en su muda contemplación.

Algunas lágrimas desprendidas de sus ojos, deslizáronse silenciosamente hasta caer en la pintura, sin que Alberto por su parte hiciera el más mínimo ademán para contenerlas.

Tirso entró, y no queriendo que nadie se acercase á su señor, tomó de manos de un ayuda de cámara la bandeja de plata donde estaba puesto el desayuno para el marqués, y se aproximó á colocarla sobre la mesa.

Sin querer, y casi con distracción, fijáronse sus ojos en el retrato y quedó absorto al admirar la portentosa belleza de la divina criatura que representaba. Volvió á fijar en él la vista con insistencia, grabándose en su imaginación aquellas hermosas facciones y murmuró para sus adentros:

— Mucho padece este infeliz por esa mujer; pero es digna por su belleza del amor de un monarca...

Luego procuró distraer á su señor, haciéndole que probase alguna cosa del desayuno, y por último, le pidió permiso para pasar un día en Villacotín. Fácilmente le fué otorgado, haciéndole sin embargo la advertencia de que se despidiese de su familia, pues acaso emprenderían en breve un largo viaje.

Tirso fué aquella tarde, como saben nuestros lectores, á ver á su amada; no ignoran tampoco su conversación ni sus proyectos, ni la idea que se agitaba en la mente del joven secretario.

Cuando este, al amanecer del lunes llegó á casa de su amo, encontró á casi todos los dependientes entregados aun al descanso.

Dirigióse hácia las habitaciones de Alberto, y supo por el ayuda de cámara que su señor acababa de acostarse en aquel momento, después de haber pasado una noche inquieta y agitada.

Triste con estas noticias, y abrigando el presentimiento de calmar aquel hondo dolor, propuso al ayuda de cámara se retirase, quedando en tanto Tirso á la cabecera del enfermo.

Hicieronlo así efectivamente, y hundiéndose en una poltrona aguardó hasta cerca de las doce, hora en que la somnolencia del marqués comenzó á despejarse algún tanto.

— ¿Andrés? murmuró llamando á su ayuda de cámara.

— Soy yo, señor, que guardo vuestro sueño; respondió el fiel secretario.

— ¡Ah! ¿Eres tú, mi querido Tirso? Me alegro; pero ¿cómo has vuelto tan pronto?

— Porque me daba pena estar en Villacotín.

— ¿Y quién la causaba?

— La presencia de una hermosísima niña que he visto continuamente tan pálida, tan melancólica como vos y sumida en un angustioso dolor que partía el corazón solamente contemplarla.

— ¿Será verdad; luego no soy solo el que sufro! ¿y qué padece, lo sabes?

— Duelos de amor.

— ¡Duelos de amor! también yo; mira, acércate y cuéntame eso, me va interesando.

Tirso, recorriendo las colgaduras de la cama, se sentó á la cabecera.

El marqués prosiguió:

— ¿Con que en Villacotín hay una hermosa niña que llora su infortunio del propio modo que yo, triste de mí, lloro el mío?...

— Sí, señor, y es tan hermosa como un ángel.

— ¿Sabes su nombre?

— Clementina.

— ¡Oh! ¿Clementina has dicho? repítelo.

— Sí, señor; Clementina, es nieta de don Gil del Manzanar.

— ¡Es ella, Dios mío, es ella!...

Con una especie de frenético delirio sacudió el impe-

tuoso joven las ropas del lecho, y sentándose sobre él, sacó de entre los almohadones un retrato, y mostrándole á Tirso preguntó con un acento indefinible de alegría y de dolor:

— ¿Es esta?

— ¡Ella es!

— ¡Qué felicidad, ya la encontré!... ¿Y dime, dime, cuéntame todo, no omitas ni una sílaba, qué hace, está muy triste, me ama, por qué no me ha escrito?...

Tirso satisfizo como pudo aquel torrente de preguntas, y tuvo el consuelo de ver que las melancólicas facciones de su joven amo fueron animándose por grados.

En todo el día no hablaron de otra cosa, forjando sus acaloradas imaginaciones mil quiméricos proyectos. Aquella misma tarde, montaron en dos magníficos y briosos alazanes, y tomando un trote largo, dirigiéronse á Villacotín por la carretera de Castilla.

La fortuna les fué propicia, pues apenas habían dejado los caballos en las inmediaciones de la aldea, y queriendo contemplar la casa de Genoveva, se acercaron, viendo á lo lejos salir por la puerta del jardín á Inés y á Clementina. Siguiéronlas con la emoción en el alma, encontrando su dicha cumplida al encontrarlas resguardadas bajo la sombra del corpulento álamo que asemejaba en majestad al árbol de la esperanza.

¡Ah! por fin, tras el nebuloso horizonte que había oscurecido su dicha, comenzó á sonreír el iris de la bonanza. Sus enamorados y juveniles corazones juzgaron eterna su ventura.

¡Vaporosos ensueños de su mente... locas quimeras que su aciago destino desvanecía con la misma facilidad con que el huracán troncha el débil tallo de una flor!...

LXVI.

LAZOS ROTOS.

X.

Inútil es que pretendamos presentar con todos sus detalles las nocturnas conferencias de los amantes; nuestros lectores comprenderán fácilmente que Alberto no se descuidó, empleando cuantos medios hubo de sugerirle su imaginación, para convencer á Clementina á que le siguiese á Madrid, donde la dejaría depositada en una casa de confianza, en tanto practicaba las diligencias necesarias para su casamiento.

No esperando de ningún modo el consentimiento de don Gil, atendiendo su resistencia y la energía de su carácter, decidieron por fin á adoptar aquel medio después de muchas vacilaciones y muchas lágrimas por parte de Clementina, la que sentía con toda su alma disgustar á su abuelo y huir sin su consentimiento del hogar paterno. Empero la llama de su amor y los ruegos de su amante vencieron los escrúpulos de su conciencia, y se decidió al fin á dar un paso tan aventurado, pero del cual dependía la desgracia ó felicidad de su vida entera.

Inés se comprometió á seguirla adonde quiera que fuese, no abandonándola ni un momento hasta dejarla en brazos de su legítimo esposo.

Alberto, agradeciendo infinito las pruebas de adhesión y lealtad que recibía de ambos jóvenes, les ofreció vencer todos los obstáculos que se oponían á su matrimonio y hablar en persona á la señora Genoveva, alcanzando su consentimiento para que aquella unión se verificase al propio tiempo que la suya con Clementina.

Dolores, con su maligna perspicacia y su perpétuo espionaje, adivinó al fin las secretas conferencias de ambas jóvenes con sus amantes, y aunque nada pudo escuchar por el cuidado que tenían siempre de cerrar las puertas con llave, no se escapó sin embargo á su penetración que los rondadores eran dos, y que la poética y sentimental Clementina, estaba ordinariamente más alegre que de costumbre, con lo cual excitóse en alto grado su curiosidad y redobló su vigilancia.

La noche acordada para la fuga, serian las doce, cuando ya todos reposaban en Villacotín, sintiéndose levisimo ruido en la aldea y reinando en casa de la señora Genoveva el más profundo silencio.

En el cuarto de don Gil, situado á un extremo de la galería, hallábase encendida la lámpara, lo que demostraba que aun el noble anciano no se había entregado al descanso.

En efecto, sentado delante de una mesa, escribía las últimas líneas en un manuscrito, el que poniendo bajo un sobre, cerró y selló cuidadosamente, guardándole en una cartera de piel de Rusia.

— Mañana se le mandaré; exclamó hablando consigo mismo, y sabrá el motivo que tengo para negarle la mano de Clementina. ¡Oh! en cuanto á esta, no tengo valor para hacerla una revelación semejante hasta que no la encuentre curada de su fatal pasión. Pudiera ocasionarla un trastorno en su salud ó en sus facultades intelectuales. Su pobre madre murió loca á causa de una noticia por el estilo, y no sería extraño aconteciese lo propio á su desgraciada hija.

En tanto que don Gil se entregaba á sus meditaciones, Clementina y su fiel amiga Inés, esperaban en la sala baja la señal, que debía prevenirlas, de la aproximación de sus amantes.

La noche estaba oscura y tormentosa. Densos nubarrones enlutaban el tachonado firmamento, dejándose sentir á lo lejos el sordo ruido del trueno precedido por la azufrosa llama del relámpago.

La luna, que se hallaba en su periodo menguante, apenas prestaba claridad, quedando algunos intervalos completamente oscurecida por las densas nubes, que henchidas de vapor cruzaban la atmósfera.

— ¡Ay, Inés mia! murmuró Clementina asiendo el brazo de su amiga.

— ¿Qué tienes? Tiemblas como las hojas del árbol que agita el aquilon.

— Tengo miedo.

— Miedo, ¿y de qué?

— El paso que vamos á dar es muy aventurado, ponerme por mi sola, por mi espontánea voluntad bajo el amparo de un hombre, desconociendo la autoridad paternal... ¡Oh, es casi un delito que me hace temblar!

— Y si ese hombre te adora, y es tan noble como generoso, ¿qué debes temer al ponerte bajo su salvaguardia?

— No lo sé; pero á mi pesar me estremezco.

— Pues no es tiempo de retroceder: ¡ya están ahí!...

Inés había oído con claridad el ruido de una palmada, á la que siguieron otras dos. Inmediatamente abrió la reja, ofreciéndose ante sus ojos las figuras de Tirso y del marqués. A lo lejos se percibía el ruido de un coche que, separándose del camino real, tomó uno de los transversales y fué á situarse detrás de la ermita de la Soledad.

— ¡Clementina, amor mio! Llegó el momento de la decision, ¿estás dispuesta, me seguirás tranquila?

— No puedo engañarte, mi querido Alberto: te sigo porque te amo con delirio; porque mi destino está unido al tuyo, mas no te ocultaré que un presentimiento amargo, haciéndome vacilar me roba la tranquilidad...

— ¡Porque no me amas, ingrata! exclamó Alberto con fuego; el verdadero amor nunca retrocede ni le arredran obstáculos de ninguna clase.

— ¡Oh, no me acrimines, Alberto!... yo seré capaz de sacrificarme por este amor que me abraza. Si está todo pronto, vamos; te he jurado amor hasta la muerte y cumpliré mi juramento.

— Yo sabré recompensarte cumplidamente.

Aprovechando aquel momento de decision y conociendo por otra parte que no debían perder tiempo porque la tempestad se aproximaba, fueron á reunirse con ellas en la puerta del jardín. Clementina, cuando se halló en el campo, se apoyó en el brazo de Alberto; la infeliz apenas podía respirar y su rostro estaba cubierto de lágrimas.

Dolores las había seguido desde la galería donde estuvo espiándolas, y al ver que se reunieron con sus amantes tomando la direccion de la ermita, volvió á subir con tal precipitacion la escalera, que torciéndose un pié cayó en tierra exhalando un grito, el que fué oído por don Gil, cuyo cuarto estaba próximo.

— ¿Qué sucede? preguntó el anciano apareciendo en el dintel de la puerta.

— Que mi hermana y vuestra nieta van sin duda á casarse; he querido avisaros y me he lastimado un pié.

— ¡Desgraciada! ¿qué dices?

— ¡Oh! sí, sí; corred; se dirigen con sus novios á la ermita, avisad á mi madre, y no tardeis en ir en su seguimiento.

Don Gil ya no la oía; medio loco, se lanzó fuera de la casa corriendo con la agilidad que le permitian sus débiles piernas.

Los cuatro jóvenes ya estaban cerca de la ermita y el carruaje los aguardaba á dos pasos de allí.

— ¡Alberto mio! dijo Clementina; la ermita está abierta, detengámonos un momento; quiero rezar ante el altar de la Virgen pidiéndola me proteja en esta azarosa circunstancia que atravesamos.

Nada tuvo que oponer el marqués á tan piadoso deseo, y un momento despues se arrodillaban los cuatro, elevando al cielo sus preces con ferviente devocion.

Don Gil llegó en aquel momento, y en el trastorno que ocasionó en sus sentidos aquella funesta fuga, nada reflexionó; los creyó casados.

— ¡Se ha consumado el acto!... murmuró trémulo y convulso; luego lanzándose en medio de ellos y separando con violencia las manos que tenían unidas, dijo con voz terrible:

— ¡Desgraciados, sois hermanos!...

— Clementina lanzó un ¡ay! desgarrador, y dirigiendo á uno y otro lado sus atónitas miradas, escuchó asombrada las pocas frases que siguieron á tan cruel revelacion.

— ¡Imposible, caballero! dijo Alberto apenas se repuso de su estupor. Mi madre, doña Blanca de Cambre, no tuvo mas hijo que yo.

— Tambien Clementina fué la única hija de doña Elisa del Manzanar, y sin embargo, don Alvaro de Peñaranda fué esposo de ambas señoras. No lo dudeis, creedme en nombre del cielo y desterrad de vuestros corazones ese amor criminal.

— ¡Dios mio! murmuró Clementina cayendo desmayada en brazos de su abuelo.

— ¡Imposible, imposible!... exclamó Alberto oprimiéndose la frente con las manos, como impidiendo que saltasen sus arterias á impulso de la excitacion nerviosa que estremeció todo su cuerpo.

— En este manuscrito encontrareis los datos necesarios para resolver vuestras dudas, dijo don Gil, alargándole el manuscrito que había sellado poco antes.

Tirso lo tomó, y al poco tiempo recogió en sus brazos al exánime jóven, que cayó exhalando un grito angustioso.

Clementina, reanimándose por grados en virtud de una esencia que Inés aproximó á su nariz, se incorporó mirando con asombro á todos lados.

— ¡Hija mia, vuelve en tí! dijo el anciano queriéndose apoderar de un brazo para sacarla de la ermita.

Clementina, desconociéndole completamente, le rechazó con dureza, y prorumpiendo en una risa estrepitosa, echó á correr por el campo sin direccion ni concierto.

¡La infeliz estaba loca!

## LXVII.

## EL MANUSCRITO.

## XI.

Seis dias despues de la borrascosa noche en que tuvo lugar la escena que hemos referido en el capitulo anterior, hallábase Alberto en su palacio de Madrid.

La mayor consternacion reinaba entre los dependientes de la casa, y sus continuas idas y venidas, sus misteriosos cuchicheos, demostraban que la salud de su jóven señor no era muy satisfactoria.

Tirso salió de la alcoba sumamente triste, murmurando:

— ¡Oh, Dios mio, Dios mio, ese capricho le mata; es un veneno que va infiltrándose en sus venas poco á poco y le conduce á la tumba!...

— ¿Cómo está el señor? le preguntó un antiguo criado.

— Mal, muy mal; el médico no dá esperanza ninguna.

— ¿Y no halla la ciencia recursos para salvarle?

— Es muy difícil, sobre ser puramente moral su enfermedad, ha sufrido un ataque tan terrible su naturaleza, que le ha hecho contraer un padecimiento incurable, terrible... que poco á poco va destruyendo su organizacion, hasta dejarle exánime.

— Comprendo, la tisis, ¿no es verdad?

— ¡Oh, sí; pero una verdad espantosa!...

Ambos interlocutores guardaron silencio, dejando correr por sus mejillas una lágrima furtiva.

El eco sonoro de un timbre sacó á Tirso de su meditacion. Dirigióse apresurado al dormitorio de Alberto, exclamando para sí:

— ¡Me llama... no habrá remedio!... ¡Oh, qué capricho, qué capricho!

Era cerca de anochecer; la alcoba del enfermo hallábase iluminada por un hermoso globo de cristal de color de rosa, que prestaba á todos los objetos un tinte fantástico y caprichoso.

El magnífico lecho, rodeado de blancas colgaduras de damasco, alzabase en el centro de la habitacion. Alberto descansaba en él, confundiendo con los blancos encajes de las sábanas y almohadones, la palidez diáfana de su rostro.

— ¡Tirso, el manuscrito!... murmuró con voz débil.

— ¡Pero señor!... balbuceó el jóven secretario.

— No me repliques; siéntate y lee.

Obedeció, no sin manifestar su rostro la mas dolorosa pesadumbre.

Ocupando un sitial cerca de la cama, y á los vacilantes reflejos de una lámpara, comenzó por centésima vez la lectura de la carta de don Gil.

Héla aquí:

« Señor marqués: Poseido del mas hondo y grave dolor que puede sentir el corazon humano, tomo la pluma para relatar un hecho indigno que hubiera querido tener sepultado en el mas profundo olvido. Hecho cruel que mira con reprobacion todo hombre noble y honrado y que labró la desgracia de mi hija, la mia, y quizá la vuestra y la de Clementina, si no puedo extinguir con este relato la fatal pasion que se ha encendido en vuestros corazones.

» Para esto tengo necesidad de hablaros de mi propia historia tomando desde muy atrás el hilo de los sucesos; prestadme pues, atencion, confiando en que mis palabras, sobre llevar el sello de la verdad, irán autorizadas por los documentos que acompaño, y con los que no os quedará la menor duda del inaudito suceso que voy á poner en vuestro conocimiento.

» Desde mi juventud he desempeñado en Madrid cargos distinguidos en las oficinas de la Hacienda, y como nunca me gustó figurar ni desempeñar brillantes papeles en la aristocracia ni en la corte de nuestros reyes, despues de cumplir mis deberes con el mas exacto y escrupuloso celo, retirábame con mi esposa á disfrutar en la soledad de nuestro pacífico hogar la tranquilidad de la conciencia y la hermosa cuanto envidiable paz del alma.

» Muchas temporadas pasábamos en Villacotin, donde generalmente habitaba mi esposa, que gustaba mucho del campo y de los aires saludables que se respiran en él.

» No tuvimos mas que una hija, mi desgraciada Elisa; la que siempre fué por su virtud y modesta sencillez el encanto de nuestra existencia.

» Como en este mundo la felicidad es tan poco duradera, yo perdí pronto la mia viendo morir de una enfermedad incurable á mi querida esposa. El único consuelo que en tan inmenso dolor quedó á mi pobre corazon, fué la ternura de mi hija, niña entonces de ocho años.

» Por no separarme de ella, nunca quise que frecuentara los colegios de la corte, ni despues en su juventud las diversiones, ni las fiestas. Educóse y vivió

casi siempre en Villacotin retirada del mundo y en el recogimiento propio de la modesta virtud.

» Aunque me había propuesto no alejarla jamás de mi lado, la fatalidad lo dispuso de otro modo, y por encargo del gobierno tuve que abandonar la corte con órden de recorrer varias provincias de España y del extranjero. Esta órden terminante que se me comunicó en pocas horas, contrarió todos mis proyectos, y no tuve mas remedio que emprender mi viaje, dejando á Elisa en Villacotin acompañada únicamente de Marta, antigua criada de la casa, que acababa de casarse con nuestro mayordomo.

» Alejéme tranquilo porque confiaba en la virtud de mi hija; empero la desgracia se había posado sobre su frente y era inevitable su destino.

» Iré exponiendo los hechos conforme acontecieron, sin embargo de que muchos me fueron comunicados algun tiempo despues de la muerte de mi hija.

» Mientras mi ausencia, que duró cerca de dos años, ignoro qué fatal casualidad hizo que don Alvaro de Peñaranda viese á Elisa en Villacotin, y se enamorase de ella. El caso fué, que la declaró su amor; y la inocente, juzgándole un jóven distinguido y honrado, no tuvo inconveniente en corresponderle, y mas cuando le amaba con todo el entusiasmo de la primera edad.

» Los amantes viéronse muchos dias, creciendo con el tiempo su mutua aficion. Todos los esfuerzos de don Alvaro y sus desesperadas tentativas, tenían por objeto seducir á Elisa; anhelo vano que se estrellaba contra la inexpugnable virtud de esta, la que desde un principio le mostró el camino de la iglesia, cual único y conveniente término á su amoroso deseo.

» Viendo que nada conseguia, la propuso por último casarse, á lo cual accedió Elisa con mucho gusto, imponiéndole antes la condicion de que me escribiera pidiendo mi consentimiento para su enlace, lo cual prometió hacer, pero cuya carta no llegó nunca á mis manos. Mi hija si lo hizo contándome sus amores, consultando mi voluntad y haciéndome ver la distinguida posicion que don Alvaro ocupaba en la corte como gentil hombre del rey.

» Inmediatamente que recibí esta noticia, comencé á hacer indagaciones sobre la conducta y antecedentes de aquel hombre, preguntando á varios amigos de mi confianza, y supe con asombro é indignacion los rumores que circulaban acerca de él, aunque nadie podia asegurarlo con certeza. Decíase que estaba casado en secreto con una dama de la reina, habiendo sido el fruto de aquel matrimonio clandestino, un hermoso niño que se criaba en el extranjero.

» Saber esto y comunicárselo á mi hija, fué obra de un momento; mas toda mi solicitud fué tardía, ya no llegué á tiempo de evitar la catástrofe.

» Mi inocente hija, confiando en la buena fe del hombre que amaba con extremo, no pensó en informarse, ni la hubiera sido posible hacerlo en el absoluto retiro en que vivía, siendo por su ciega credulidad, víctima del engaño y la infamia.

» Una tarde se presentó don Alvaro muy triste, y manifestando la desesperacion mas amarga. Alarmada Elisa, le preguntó la causa de aquel súbito cambio, y por toda respuesta la enseñó una órden de destierro que acababa de recibir, en la cual se le intimaba dejase la España en término de tres dias.

» — ¡Oh! ¿qué has hecho? exclamó mi hija; ¿quién ha influido en el ánimo de S. M. para hacerle tomar una determinacion semejante?

» — Alguno de los muchos enemigos que envidian mi privanza y el cariño con que se me ha mirado siempre en palacio.

» — ¿Y qué haremos en tan critica situacion?

» — Casarnos inmediatamente.

» — Si aun no tenemos el consentimiento de mi padre.

» — Ni podemos esperarle. Yo solo puedo disponer de tres dias; un sacerdote que tengo prevenido, nos desposará esta noche, y en cuanto arreglemos nuestros asuntos, iremos á reunirnos con tu padre para recibir su bendicion y marchar al punto de mi destierro.

» — ¡Una boda tan precipitada... y sin hacer las diligencias necesarias!...

» — Por eso no temas, he previsto este caso, y como mi mas ardiente anhelo es ser tu esposo, todo lo traigo corriente sin que falte para que se verifique nuestro enlace antes de dos horas, nada mas que tu consentimiento.

» Elisa vacilaba, su dolor fué inmenso, y sin embargo, las sugestiones, los ruegos, ó no sé si diga el infernal artificio de don Alvaro, la hicieron ceder. No tuvo fuerzas para resistir, solo se mantuvo firme en la resolucion de que el virtuoso cura párroco de Villacotin presenciase la ceremonia sirviéndole de padre ya que se encontraba tan aislada y solitaria.

» Tampoco pudo tener efecto este deseo, al que accedió don Alvaro de muy mala gana, porque el anciano cura no se hallaba en el pueblo en aquel momento.

» — ¡Todas son contrariedades!... exclamó la infeliz rompiendo en un amargo llanto. Y con todo, se resignó al sacrificio, quedando consumado el casamiento aquella misma noche á las diez.

» Se hizo con la mayor reserva, presenciando la ceremonia únicamente los criados de la casa, unos amigos de don Alvaro, y el sacerdote que los casó y que ignoro si ejercia ó no tan sagrado ministerio, pues apenas extendió la partida de casamiento, que vereis adjunta, desapareció por encanto de Villacotin, no habiéndome sido posible hallarle en ninguna parte, ni tampoco á los que sirvieron de testigos, por mas diligencias que he practicado.



Tipos indígenas de Cayena.

» Tres días vivió con Elisa en Villacotin, procurando ocultarse con el mayor esmero y sin salir á la calle ni un momento. En la madrugada del cuarto día salió para Madrid con pretexto de recoger unos papeles interesantes, y no volvió mas, se marchó al punto de su destierro con su primera y legítima esposa doña Blanca de Cambrero, cuyo clandestino casamiento habia descubierto el rey, siendo esta la causa de su destierro.

» A poco de la partida de don Alvaro, recibió Elisa mi carta, y sumamente alarmada por el contenido de ella, dispuso trasladarse al instante á la corte, confiando en que su esposo se apresuraria á desvanecer lo que ella en su exaltacion y en el exceso de su cariño juzgaba infames calumnias. Empero la infeliz solo fué á adquirir la dolorosa certidumbre de su inmensa desgracia.

» Cuando se convenció de que aquel hombre, al que amaba con el mas ardiente delirio, la habia engañado infamemente, abusando de su inocente confianza, de su ciega credulidad, no tuvo fuerzas para resistirlo y cayó en cama enferma de peligro. Por espacio de un mes, estuvo luchando con la muerte: al fin venció su robusta naturaleza y se repuso, volviendo á la vida, mas no á la razon, que llegó á perder por completo.

» A todo esto, yo pedí permiso á mis jefes para volver á Madrid; pero la comision que estaba desempeñando era tan árdua y espinosa, que no me fué concedido, hasta dejar evacuadas ciertas negociaciones, en las que hube de emplear cerca de dos meses. Luego la angustia y la inquietud que pasé al saber las funestas noticias que se me comunicaron de Elisa, trastornaron mi salud en tales términos, que pasé muchos meses sin dar cuenta de mi persona.

» Por fin, cuando libre y desembarazado del todo pude volver á mi casa, habian trascurrido diez meses. Llegué transido de dolor, y en vez de hallar á la hermosa y cándida jóven que dejé llena de salud y de alegría, encontré con su cadáver, lívido y marchito, y con una niña de un mes, triste fruto de su malhadado casamiento.

» Marta, que se habia encargado de lactarla, la puso en mis brazos como el único recuerdo, como el tierno presente que la desgraciada Elisa legó á su padre en sus últimos momentos.

» Esta tierna niña es Clementina, ángel hermoso que con sus dulces caricias ha endulzado los amargos días de mi triste ancianidad.

» Ahora bien, Alberto, ya que sabes los lazos sagrados que á ella te unen, procura borrar de tu alma esa pasion funesta, ámala como á una hermana, y serás en el mundo su sosten, su único amparo. Yo en breve aban-

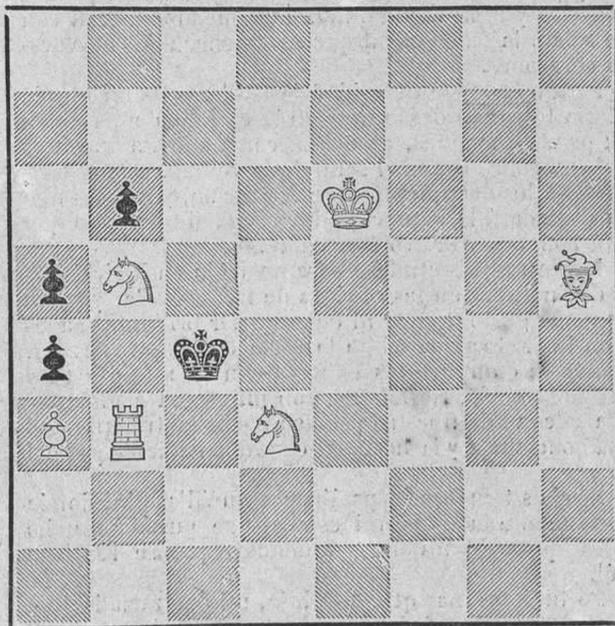
**Problemas de ajedrez.**

Solucion del número 230.

- |   |                       |          |
|---|-----------------------|----------|
| 1 | Rª c. ARª             | T 6ª AR  |
| 2 | T 4ª Rª               | P toma T |
| 3 | Rª 5ª CR jaque        | T cubre  |
| 4 | Rª 7ª R jaque         | A cubre  |
| 5 | Rª 7ª TRª jaque-mate. |          |

PROBLEMA NÚMERO 231, POR M. A. BECK.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

donaré esta tierra de llanto y de amarguras, y quedará sola, sin un protector sincero y generoso que la proteja contra las seducciones del mundo y las calamidades de la vida humana.

» Vuestro carácter noble y leal no se parece al de don Alvaro, habeis heredado las virtudes y la lealtad de doña Blanca de Cambrero, por eso confío en que seréis para Clementina un hermano respetuoso y fiel.

» Adios, Alberto; cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos con paternal cariño; pero si despues de esta revelacion aun se abriga en tu pecho la imágen de Clementina, huye para siempre, aléjate á un pais extranjero donde hasta los recuerdos se borren de ese fatal episodio de vuestra existencia.

» GIL DEL MANZANAR. »

LXVIII.

CURACION.

XII.

Cuando Tirso concluyó la lectura del manuscrito, se volvió á mirar al marqués y le encontró con la vista fija y las manos crispadas. El exceso de su dolor le hizo sufrir una contraccion nerviosa, que le acometia frecuentemente desde la fatal revelacion, y que mas de cuatro veces puso en alarma á sus fieles servidores.

— ¡ Señor, señor!... ¡ Ah, bien decia yo que la lectura de este manuscrito acabará por asesinarle!... exclamó Tirso lanzándose fuera de la habitacion á llamar al ayuda de cámara.

— ¿ Qué ocurre? preguntó acudiendo sobresaltado.

— Inmediatamente el médico, gritó el secretario.

— No hay necesidad, ya pasó: murmuró el enfermo con voz tan débil que apenas se percibia.

— Estais padeciendo por vuestra causa: ciertas cosas, mas bien que tenerlas á la vista, debiais relegarlas al olvido.

El marqués señaló á un frasquito de cristal que estaba en la mesita de noche. Tirso, apresurándose á complacerle, vertió unas cuantas gotas del espumoso y dorado licor que contenia, en un vaso de agua y se lo presentó:

— ¡ Gracias! murmuró Alberto devolviéndole el vaso vacío.

(Se continuará.)